



Memorabilia

Número 14 (2012), pp. 99-143

ISSN 1579-7341

Wamba, Ramiro II, Enrique III y Carlos I: relecturas políticas de leyendas medievales en la Edad Moderna (siglos XVIII-XX)¹

José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá

Los rústicos Juachín y Malrasca conversan sobre *La campana del rey Wamba*

El Restaurador fue un folleto, fascículo o libelo periódico (y político: desde el título pedía la restauración del absolutismo monárquico) de 8 páginas, de los muchos que tan pronto nacían como morían en las agitadas prensas políticas de los inicios del siglo XIX. Su número 105 salió publicado el viernes 24 de octubre de 1823, al precio de seis cuartos, «en Madrid, en la Oficina de don Francisco Martínez Dávila, impresor de Cámara de S. M.».

La fecha, el lugar y la imprenta son relevantes para interpretar el extenso artículo firmado por alguien apodado «El Fechero» que ocupaba casi todo aquel número: un libelo inspirado y posiblemente escrito por algún cortesano que andaría empeñado en escalar o recuperar posiciones en palacio, en un momento de mudanza trascendental. De otra manera hubiera sido imposible alcanzar las páginas, ferozmente absolutistas, de la imprenta real, que debían estar sometidas a censuras y vigilancias de muy arriba.²

Estructurado como una carta enviada al periódico por un corresponsal pueblerino, El Fechero, que había previamente tomado buena nota de un diálogo mantenido en su pueblo entre dos aldeanos, Juachín (Joaquín) y Malrasca, el relato está escrito en un remedo bastante grosero de algún dialecto campesino que se queda sin identificar, ya que El Fechero no concreta de qué pueblo, ni siquiera de qué región, eran los rústicos ni el habla reflejada. Lo que transcribe es, en realidad, una parodia lingüística gruesa, postiza

1. Este artículo se publica dentro del marco de la realización del proyecto de I+D del Ministerio de Ciencia e Innovación titulado *Historia de la métrica medieval castellana* (FFI2009-09300), dirigido por el profesor Fernando Gómez Redondo, y del proyecto *Creación y desarrollo de una plataforma multimedia para la investigación en Cervantes y su época* (FFI2009-11483), dirigido por el profesor Carlos Alvar. También como actividad del Grupo de Investigación Seminario de Filología Medieval y Renacentista de la Universidad de Alcalá (CCG06-UAH/HUM-0680). Agradezco sus indicaciones a José Luis Garrosa y Germán Labrador.

2. Puede verse el número completo de *El restaurador* en <http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004365896&page=4&search=>.

y sin legitimidad etnográfica, con más vulgarismos que dialectalismos, de los modos de hablar que desde la urbe se consideraban más estereotipadamente pueblerinos. Un artilugio literario, en fin, como tantos de los que desde los autos y versos en sayagués, gallego o vizcaíno de patanes y en otras jergas fingidas han tenido cierta fortuna en la literatura de sesgo popularizante española desde el siglo XV.

Las tres voces que se reparten las líneas del panfleto, las de El Fechero, Juachín y Malrasca, abanderados del supuesto sentir tradicionalista arraigado (según ellos) en la entraña del pueblo viejo español, hacen una apología desmesurada del rey Fernando VII, le instan a que sea firme en la imposición del absolutismo más rígido y, sobre todo, le aconsejan que meta en cintura no ya al enemigo liberal y constitucional, sino sobre todo a los validos corruptos que, según se quejan los rústicos dialogantes, infestaban su corte.

Tan puntual mensaje de política interna, en un momento en que, de puertas para afuera, la lucha entre absolutistas y liberales tenía carácter de sangrienta guerra civil e incluso internacional, no carecía de lógica ni de oportunidad: en realidad, la fecha del 24 de octubre de 1823 en que fue publicado el artículo era más de seis meses posterior a la del 7 de abril de aquel mismo año en que los Cien Mil Hijos de San Luis franceses habían invadido España para ayudar a su primo Borbón a aplastar la contestación liberal. Los rústicos Fechero, Juachín y Malrasca *sabían* ya, pues, que los liberales revoltosos estaban no del todo vencidos, pero sí casi doblegados, y podían permitirse apuntar por eso hacia cuestiones de índole más doméstica. Así que tras la piedra supuestamente campesina, popular y espontánea, desinteresada y descamisada, que arrojaba el libelo contra las revueltas aguas de la corte del momento se ocultaba alguna bandería concreta entre las que andarían en pugna por ganar posiciones al lado de una monarquía que se hallaba entonces en cuarto creciente. Puede que el libelo saliese de alguna nobleza tradicionalista de raíz rural que avisara contra alguna facción rival más urbana y cortesana; o que, por el contrario, viniese de burgueses o militares advenedizos a los que conviniese un borrón y una cuenta nueva radicales en los esquemas de poder que se estaban justo entonces redefiniendo.

Pero, viniere de donde viniere, el libelo es también, quizás por encima de todo, una escenificación más de una manera utópica, ilusa y manipuladora, en cierto modo mitológica, de entender la política y la historia que ha conocido muchas más realizaciones narrativas y simbólicas en tiempos y lugares diversos: la de la imposible alianza del rey (noble) situado en lo más alto con el pueblo, especialmente el campesino (noble) relegado a lo más bajo, frente a la aristocracia (innoble) de en medio. Esquema ideológico y narrativo que venía de muy atrás. Piénsese, por ejemplo, en el *Cantar de mio Cid*, en el que

más que un litigio entre territorios —basta con recordar que el histórico García Ordóñez era castellano— se enfrentan grupo sociales de formas de vida opuesta: la baja nobleza rural frente a la alta nobleza cortesana, la frontera frente a la corte.³

El conflicto, esencialmente mitológico, que escenificaba el *Cantar* cidiano, o la leyenda medieval de *Los siete infantes de Lara*, entre la corrupta nobleza cortesana (los

3. María Jesús Lacarra y Juan Manuel Cacho Bleuca, *Entre oralidad y escritura. La Edad Media*, en *Historia de la literatura española* I dirigida por José-Carlos Mainer, Madrid, Crítica, 2012, p. 338.

infantes de Carrión, la nobleza de Lara) que comete mil atropellos amparándose fraudulentamente al principio bajo el manto del rey (Alfonso VI, conde Garci Fernández), y la noble hidalguía campesina (Rodrigo Díaz de Vivar, nobleza de Salas) que se alía al final con el jefe máximo para castigar los abusos de la aristocracia palaciega, seguía latente, de alguna manera, en la estafalaria proclama fernandina-campesina de 1823, que propone, y de manera exaltada, una tenaza del rey y el pueblo contra la nobleza. Expresión de tensiones que debían estar operando en el momento, sí, pero también invocación de legitimidades míticas de larguísima tradición en la historia cultural de nuestro país, con las que se pretendía arropar la nueva etapa política y las nuevas narrativas que se abrían entonces.

El caso es que nos toca entrar ya en la materia que más nos interesa y atender a la carta dirigida supuestamente por El Fechero a la redacción de *El restaurador*, en su posizio dialecto rústico, vulgar y de ortografía concienzudamente afeada. Reproduzco literalmente, empezando por el saludo introductorio, algunos párrafos, y modernizo solo la acentuación, la puntuación y ciertos signos gráficos (igual que haré en el resto de los textos citados en este artículo):

VIVA EL REY ASOLUTO, y naa más, lo mesmo que lo conoció mi agüelo.

Señor Restaurador: m'alegraré que estas cuatro letras le encuentren a su mercé con la prefeta salú que para mí deseo. Y denpués de saludar a sus compañeros, porque hícen por aquí que son sus mercés muchos, sabrá su mercé cómo apenas vino la novedá de estar en libertá su Real Magestá, nos golvímos locos tuícos los vecinos deste lugar. El señor cura mandó echar al güelo las campanas, todo el mundo empezó a tirar escopetazos, y gritar «viva el Rey asoluto», que aunque la probe gente no entiende este vocablo, entiende que hice lo contrario de lo malo, y con esto tiee lo bastante paa repetirlo con tuíca su alma.

Tras algunas proclamas más de este absolutista cariz, nos enteramos de que El Fechero había sido testigo y ejercido de transcriptor del supuesto diálogo entre el tío Juachín, que vivía en cierto pueblo de cuyo nombre nadie quiso acordarse, y su amigo Malrasca, que pasaba por allí de visita.

A partir de ahí se suceden las soflamas fernandinas y las críticas furibundas contra ciertos validos (a los que se califica de *lobos*) de la corte, además de dos leyendas ejemplares de origen medieval, relativas a tres reyes (Wamba y Ramiro II en una, Enrique III en la otra) que se hicieron famosos y carismáticos justamente por haber sometido a sus nobles corruptos, tal y como se le pedía a Fernando VII que hiciera. Adobado todo con glosas políticas y cifrado en claves partidistas que sabrían descifrar mejor que nosotros los lectores coetáneos, y aun mejor los destinatarios, que seguro que los habría, del libelo.

Conozcamos ya una de las dos leyendas de raíz medieval traídas a colación, la que es versión de *La campana de Huesca*, con su moraleja prolijamente trasladada al conculso escenario político de 1823:

Juachín: Al lobo nadie lo cura, Malrasca, como no sean los perros haciéndolo tajaas. ¿No has uído ecir lo que hizo el Rey Wamba...?

Malrasca: ¡Es que este maldició es un costal de cuentos!

Juachín: No es cuento; yo al menos lo uí contar como estoria de nuestros antipasados. El Rey Wamba se vía perdío con los mandantes (porque icen

que había sío patán); pero tenía un hermano fraile, y como los frailes son tan estutos, l'invio a icir qué haría, porque no se podía valer con ellos. El Fraile sin icir palabra ni media se bajó a la güerta con el que trujo el recaó, y cogiéndole la espada que tenía, empezó a cortar las cabezas de las plantas más altas, y le ijo que juera y le contara a su hermano lo que había visto. Y entonces jue cuando hizo aquella campana que suena aún. Mía que'l demonio del fraile no se conoce que era lego.

Malrasca: Un demonio sería... condenaó de Dios...

Juachín: Pues aplica el cuento: las cabezas de motín una campana con ellos paa tocar a perdíos; a los demás castigo e bolsa, y que paguen los endinos lo que han hecho gastar a la Nación; y paa en adelante vida nueva, denguno de ellos puea ser ni mozo e concejo, y yo t'aseguro qu'ellos andarán derechos [...] Lo que su Real Magestá ebe hacer es creer a sus patanes, que tuícos esos endinos que van a hacerle el rendibú lo que buscan es coger caá uno su tajaa, y no el bien de su Magestá ni e los probes vasallos. A fe que cuando estaba apuraa, los patanes han tenío que hacer de generales, como Romagosa y otros, y ahora con que es patán, quítate y verás cómo me siento.

Malrasca: Pero ombre, nosotros no tenemos cabeza...

Juachín: Tenemos gran corazón, que vale más que mala cabeza como la de tanto endino que no han estudiao sino picardías en esos libros que por fuerza son de la mágica negra tuícos ellos; al menos son libros de robar y vivir a costa agena. Pues ombre ¡como hay Dios que pueen echar plantas los almas de...! Y se han juntao ahí en unas cortes que icían era la flor de la sabiduría, y el honraó concejo de este lugar tié más formalidá, y no isparata tanto como ellos... Paa aprender eso, mejor era que no supía leer ni escribir denguno en este mundo. Lo que necesitamos aquí es humbría de bien y no parola, que caá probe viva con lo que trabaja, y el endino que no quía trabajar que ayune u se lo lleven tuícos los demonios.

Evocaba Juachín, atribuyéndola apócrifamente al rey visigodo del siglo VII Wamba, la célebre leyenda de *La Campana de Huesca*, que desde muy antiguo venía siendo asociada por historiógrafos y vulgo (apócrifamente también, puesto que era ficción inventada) a la figura del rey Ramiro II de Aragón (1086-1157), apodado *el Monje* porque lo fue antes de ser coronado rey. A su levantisca nobleza la metió aquel rey en cintura, según la tradición, del modo que refiere la *Crónica de San Juan de la Peña*, de cuya primera versión en latín, anterior a 1359, salió después una en aragonés:

Et aquesti don Remiro fue muyt buen rey et muyt francho a los fidalgos, de manera que muytos de los lugares del regno dio a nobles et cavalieros; et por esto no lo precioron res, et fazían guerras entre sí mismos en el regno et mataban et robavan las gentes del regno, et por el rey que non querian cessar aquesto; et fue puesto en gran perplexidat cómo daría remedio a tanta perdición del su regno, et non osava aquesto revelar a ninguno. Et por dar remedio al su regno embió un mensagero al su monasterio de Sant Ponz de Tomeras con letras al su maestro, clamado Forçado, que era seydo porque yes costumbre et regla de monges negros que a todo novicio que era en la orden dan un monge de los ancianos por maestro, et según la persona de aquesti don Remiro que merecía dieronli el maestro muyt bueno et grant [] et savio, en las quales letras recontava el estamiento del su regno et mala vida que passava con los mayores del su regno, rogándole que le consellasse lo que faría; el maestro con grant plazer que había, recibidas las letras, pensa que sería irregular si le

consellava que fiziés justicia, clama el mensagero al huerto en el qual havia muytas coles et sacó un gabinet que tenia et, teniendo la letra en la mano et leyendo, talló todas las colles mayores que yeran en el huerto et fincoron las solas chicas, et díxole al mesagero: «Vete al mi sennor el rey et dile lo que has visto, que no te do otra respuesta».

El qual mensagero con desplacer que respuesta non le havia dada, vínose al rey et contóle que respuesta ninguna non le havia querido fazer, de la qual cosa el rey fue muit despagado, pero quando contó la manera que havia visto, pensó en sí mesmo quel huerto podía seer el su regno, las colles yeran las gentes del su regno, et dixo: «Por fer buenas colles, carne y a menester».

Et luego de continent envió letras por el regno a nobles, cavalleros et lugares que fuessen a cortes a Huesca, metiendo fama que una campana quería fazer en Huesca que de todo su regno se oyesse, que maestros havia en Francia que la farían; et aquesto oyeron los nobles et caballero disxeron: «Vayamos a veer aquella locura que nuestro rey quiere fazer», como aquellos que lo preciavan poco. Et quando fueron en Huesca, fizo el rey parellar ciertos et secretos hombres en su cambra armados que fiziessen lo quel les mandaría. Et quando venían los ricos hombres, mandávalos clamar uno a uno a consello et como entravan, assí los mandava descabeçar en su cambra; pero clamava aquellos que le yeran culpables, de guisa que XIII ricos hombres et otros cavalleros escabeçó antes que comies, et avría todos los otros cavalleros assí mesmo descabeçados sinon por qual manera que fue que yeran defuera et fuyeron; de los quales muertos ende havia los V que yeran del linage de Luna, Lop Ferrench, Rui Ximénez, Pero Martínez, Ferrando et Gómez de Luna, Ferriz de Liçana, Pero Vergua, Gil d'Atrosillo, Pero Cornel, García de Bidaure, García de Penya et Remón de Fozes, Pero de Luesia, Miguel Azlor et Sancho Fontova cavalleros. Et aquellos muertos, no podieron los otros haver que yeran foydos, sosegó su regno en paz.⁴

No hay duda de que el cuento ejemplar engastado dentro de la violenta soflama fernandina de 1823 es una reescritura adaptada de la vieja leyenda medieval de *La Campana de Huesca*. Pese a que el texto decimonónico atribuya aquella empresa no al rey Ramiro II de Aragón, que era el que la historiografía convencional asociaba a un drama que nunca fue real ni histórico, sino a un difuso y folclorizado rey Wamba que había sido convertido por la tradición de la época (por la oral sobre todo, y por la letrada cuando quería disfrazarse de popular) en comodín apócrifo de lo que debió de ser un amplio surtido de cuentos y apólogos ejemplares: «¿No has uído ecir lo que hizo el Rey Wamba...?»; «¡Es que este maldició es un costal de cuentos!»; «No es cuento; yo al menos lo uí contar como estoria de nuestros antipasados. El Rey Wamba se vía perdío...».

Lo cierto es que si el rey Wamba había sido utilizado como héroe impostor en este relato, no mucha mayor legitimidad (aunque sí mayor tradición seudohistoriográfica) para ser asociado a él asistía a Ramiro II de Aragón, otro actor apócrifo y adventicio en el engranaje de una anécdota que ha conocido mil y una versiones y protagonistas en tiempos, lugares y lenguas diferentes, que había sido puesta por primera vez por es-

4. «Crónica de San Juan de la Peña (versión aragonesa). Edición crítica», ed. Carmen Orcástegui Gros, *Cuadernos de Historia Jerónimo Zurita* 51-52 (1985), pp. 419-569, pp. 468-469.

crito (que sepamos) en la *Historia* V:92, 450-455 anotada en el siglo V a. C. por el griego Heródoto, y cuyas raíces orales deben remontarse a épocas impensablemente remotas:

Cípselo ejerció el poder por espacio de treinta años y su vida fue afortunada hasta el final, sucediéndole en la tiranía su hijo Periandro. Pues bien, al principio Periandro se mostró más benévolo que su padre; pero, desde el momento en que, por medio de mensajeros, entró en contacto con Trasibulo, el tirano de Mileto, se volvió mucho más sanguinario, si cabe, que Cípselo. Resulta que despachó un heraldo a la corte de Trasibulo para preguntarle con qué tipo de medidas políticas conseguiría asegurar sólidamente su posición y regir la ciudad con el máximo acierto. Entonces Trasibulo condujo fuera de la capital al emisario de Periandro, entró con él en un campo sembrado y, mientras recorrían el trigal, empezó a formularle al heraldo repetidas preguntas sobre los motivos de su viaje desde Corinto; y, de paso, cada vez que veía que una espiga sobresalía, la tronchaba —hecho lo cual, la arrojaba al suelo—, hasta que, con semejante proceder, acabó por destruir lo más espléndido y granado del trigal. Y, una vez atravesado el labrantío, despidió al heraldo sin haberle dado ni un solo consejo.

Cuando el heraldo regresó a Corinto, Periandro estaba ansioso por conocer el consejo. Pero el emisario le respondió que Trasibulo no le había dado ninguno, y que él estaba sorprendido de que Periandro lo hubiera enviado a la corte de un sujeto como aquél, un loco rematado que destrozaba sus posesiones (y le contó detalladamente lo que le había visto hacer a Trasibulo).

Sin embargo, Periandro comprendió el comportamiento de Trasibulo y se percató de que le aconsejaba asesinar a los ciudadanos más destacados; de manera que, a partir de entonces, hizo gala, contra los corintios, de la crueldad más absoluta, pues todo aquello que el despotismo asesino y persecutorio de Cípselo había dejado intacto, lo remató Periandro.⁵

Todos los tiranos que han encarnado el papel de liquidadores de sus cortesanos corruptos y levantiscos en el marco de este tipo tan singular de relatos lo han hecho como reacción a conflictos políticos existentes en tiempos y en lugares bien distintos, aunque respondieran todos a un impulso argumental e ideológico común: el del jefe desconfiado que se ve (o se cree) en la necesidad de imponer su autoridad más absoluta entre los políticos contestatarios que le rodean para imponer una etapa nueva en el gobierno de su país, de afirmación carismática de su autoridad, y se supone también que de comunión con el pueblo sojuzgado por los nobles. Un esquema narrativo, pues, dúctil y abierto a adaptaciones y reciclajes que le han conferido su sorprendente persistencia de siglos.

La leyenda de *La campana de Huesca*, sus fuentes y sus variables circunstancias de producción, transmisión y recepción han sido analizados en trabajos ya clásicos de Antonio Ubieto Arteta, Antonio Alvar, Alan Deyermond y Carlos Laliena Corbera, que han atendido sobre todo a sus versiones clásicas y medievales. Y con afanes comparatistas más atentos a otras tradiciones en artículos recientes de José Luis Garrosa Gude, quien vinculó la anécdota con ciertos relatos apócrifos encarnados en las personas, o más bien en los personajes, de Juana de Arco, Pedro el Cruel o Stalin; Alberto Montaner Frutos, quien trazó una línea que iba desde Tito Livio hasta la *Iconología* (1593) de Cesare Ripa y las historias de Aragón de Jerónimo Zurita (1585) y Miguel Martínez del Villar (1604);

5. Heródoto, *Historia. Libros V-VI*, ed. Carlos Schrader, Madrid, Gredos, 1988, pp. 166-167.

Isabel Cardigos, que analizó dos relatos folclóricos portugueses recogidos en los inicios del siglo XX que atribuían la anécdota al dieciochesco marqués de Pombal; y yo mismo, que he estudiado paralelos cercanos y lejanos de la leyenda o de alguno de sus motivos argumentales e ideológicos a la luz de ejemplos atribuidos a personajes que van desde Odín, Moisés o Gengis Khan hasta los protagonistas del ciclo cinematográfico de *Star Wars*.⁶ Isabel Cardigos ha propuesto, en su catálogo de cuentos folclóricos portugueses, la asignación a este tipo de relato del número ATU 924*A, *O Conselho dum tirano*, que sería, en su opinión, un subtipo dentro de ATU 924A, *Discussion by Sign Language*.⁷

Juachín le cuenta a Malrasca la leyenda del rey cazador que se quedó sin cena por la avaricia de sus vasallos

Antes de continuar nuestra exploración de los avatares decimonónicos de la leyenda de *La Campana de Huesca* conviene conocer la otra leyenda de origen medieval que fue engastada por El Fechero dentro del libelo puesto en boca de sus dos fingidos rústicos absolutistas, puesto que existen entre las dos vinculaciones ideológicas muy estrechas:

Malrasca: ¿Y qué harías tú, Juachín?

Juachín: Si juá yo rey había de haber memoria de Juachín paa siempre jamás amén, y dengún endino me había e resollar. Porque mía, en una leyenda uí ecir que un Rey de España andaba el esdichao tan perdío que golvingo de cazar una noche no tenía el probe paa cenar, ¿y sabes lo que hizo? Mandó llamar a tuícos los mandones qu'estaban los endinos comiendo y bebiendo a su costa; le ijo a uno: «¿cuántos Reyes has conocio tú?». Y ijo: «Yo, señor, tres». «¿Y tú?», le ijo a otro. «Dos». «¿Y tú?». «Uno». En fin, caá uno ijo los que había conocio. El Rey que no debía é ser tonto, como verás. Hecho una fiera, «mentís», les ijo a toos, «porque yo soy más joven que vusotros, y conozco más é ciento, que sois gusotros maldecíos de Dios». Y iciendo y haciendo, mandó salir al verdugo qu'estaba oculto, y al que no gomitara lo robao que le cortara el pescuezo, y con esto quedó rico, y aquellos endinos cesaron de ser malos.

Malrasca: ¡Es que jue valor de hombre!

Juachín: Pues cuando se trata con endinos no ebe haber «tío pase m'usté el río». Tuícos esos maldicíos de Dios qué eran sino Reyes, y su Real Magestá un probe diablo, que lo traiban al esdichao sin calzones, por auchar caá uno lo que podía, sacándole a la gente los tuétanos paa emborracharse, y picar-

6. Antonio Ubieto Arteta, «La Campana de Huesca», *Revista de Filología Española* XXXV (1951), pp. 29-61; Antonio Alvar, «De Heródoto a la leyenda de la Campana de Huesca», *Bulletin Hispanique* 82 (1980), pp. 5-15; Alan Deyermond, *La literatura perdida de la Edad Media castellana: Catálogo y estudio I Épica y romances*, Salamanca, Universidad, 1995, pp. 120-124; Carlos Laliena Corbera, *La Campana de Huesca*, Zaragoza, CAI, 2000; José Luis Garrosa Gude, «De *La campana de Huesca* a los acertijos de Stalin: representaciones de la violencia y alegorías vegetales», *Estudios de Literatura Oral*, 13-14 (2007-2008), pp. 241-250; Alberto Montaner Frutos, «Los clásicos, la emblemática y la razón de estado: lecturas áureas de *La campana de Huesca*», *Estudios de Literatura Oral* 13-14 (2007-2008), pp. 251-266; Isabel Cardigos, «O conselho do marquês», *Estudios de Literatura Oral*, 13-14 (2007-2008), pp. 299-302; y José Manuel Pedrosa, «Tiranos (Gengis Khan, Periandro, Anakin) y dictadores (Ramiro II, Elidur, Moisés, Odín, Luke Skywalker): los mitos y las metáforas del poder», *Estudios de Literatura Oral*, 13-14 (2007-2008), pp. 267-297, pp. 274-275.

7. Isabel Cardigos, with collaboration of Paulo Correia and J. J. Dias Marques, *Catalogue of Portuguese Folktales*, Helsinki Suomalainen Tiedeakatemia, 2006.

dear ellos. Pues yo, como soy Juachín, que los llamaba uno por uno, y habían de gomitar lo que han robao, o le había hacer gomitar el alma... ¡Caracoles! Qu'emos de estar aquí rabiando too el mundo paaque cuatro endinos gromeen hay, y se vayan con el dinero a otra parte.

Malrasca: Pero mía, Juachín, su Real Magestá no puee hacer eso, porque no tiee juerza que le sostenga.

Juachín: ¿No tiee juerza? ¿Pues y tuícos esos Reyes que le han ayudao? Y sin que le ayude nadie, ¿no tiee a tuícos los paisanos que iremos y le sacaremos el hígado al más pintao? Lo que su Real Magestá á é hacer es mandar, y si cerdean esos endinos, que avise, que yo les aseguro que no la han de contar...

Malrasca: Pero hombre, es malo que los paisanos nos enseñemos a mandar, y tengamos las armas en la mano, porque mía que somos muy demonios también...

Juachín: Votova bríos con los enredos... Ea, Malrasca, no me vengas a mí con androminas, porque mía que aunque paleta sé yo aónde van a parar esas lilailas. Lo que quién esos tunantes es que no se dé en el ito, y al embrollar nunca le faltan razones. Con que'ellos armaron a los goluntarios, y si hubíamos sío malos nos hubían armao a toos para atropellar a su Magestá, y cuando se trata de domar a ellos no es ya güeno que la gente se arme. Mía, Malrasca, las armas son lo menos, el corazón es el que hace falta, y la gente con su catecismo y saber que el Rey lo manda tiee bastante paa no ejar a dengún tunante que haga é las suyas. ¡Caramba!

El «Rey de España [que] andaba el esdichao tan perdío», de acuerdo con «una leyenda» que según informaba en 1823 el rústico Juachín, «uí ecir», era, sin duda, Enrique III de Trastámara, quien murió en 1406 a la edad de 27 años: un monarca al que la posteridad ha pintado como de carácter enérgico y decidido, y que, pese a su débil salud y aspecto apocado, se enfrentó resueltamente a los excesos de su nobleza corrupta y levantisca, lo que le valió la tradicional equiparación con el astuto y resuelto Ramiro II de Aragón y el aprecio, en consecuencia, de un pueblo que nunca ha tenido simpatías por las castas aristocráticas. Acerca de Enrique III circularon leyendas que hacían hincapié sobre su fuerte carácter: ahí están, por ejemplo, la de cómo hizo decapitar a varios de los nobles más corruptos de Sevilla, o la de cómo castigó a su hermano niño o al ayo que permitió que la criatura se sentase sobre su trono real. Pero la más divulgada de todas fue, sin duda, la de su partida de caza, su cena desabastecida, el empeño de su indumentaria y su enfrentamiento, a raíz de todo ello, con los nobles de su corte: relato que fue la fuente, sin duda, del que hemos visto adaptado en el panfleto fernardino de 1823.

A toda la curiosa mitología política que rodeó a Enrique III dedicó Jean-Pierre Jardin un estudio iluminador, que incluyó la identificación de paralelos narrativos más o menos reconocibles de la leyenda del ágape funesto encarnados en las figuras de un monarca de la Inglaterra medieval que vivió un siglo antes que Enrique III; o de Vlad Tepes, el noble de Valaquia que fue el modelo de la figura literaria de Drácula; o del rey Ferrant I de Nápoles, que murió en 1494. Pruebas incontestables del carácter folclórico, migratorio, pluricultural de la leyenda asociada a Enrique III.⁸

8. M. Jean-Pierre Jardin, «Le Roi anecdotique: Henri III de Castille et le *Sumario del Despenser*», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 31 (1995), pp. 223-248. El artículo de Jardin desentraña con minuciosidad el complicado enredo de fuentes cronísticas relativas a Enrique III, y corrobora además la relación que hay entre los perfiles legendarios de este rey y Ramiro II de Aragón. Es indispensable leer también, del mismo Jardin, «Comment justifier l'injustifiable: la *Summa de Reyes du grand dépensier*», *Cahiers d'Études Hispaniques Médiévales*, 23 (2000),

Aquí tenemos, en una versión que fue anotada en el llamado *Sumario del Despensero* de la madre del rey, «desde el centro mismo de la corte»⁹, la versión tenida por más de referencia (junto con otra del canciller Ayala, muy cercana también al momento histórico) de *La cena de Enrique III*. Asombra que una crónica casi contemporánea otorgase ya el sello de real e histórica a una leyenda que era, sin duda ninguna, fabulosa:

E acaesció que a cabo de quatro años que este rey reynó, estando en Burgos casado con la reyna, acostumbraba de ir a caza de quodornices a la rive-ra: e un día que con sus cazadores e donceles fue a caza, quando vino, que era hora de vísperas, non falló guisado de comer para él e para la reyna, que comían continuamente en uno: e mandó llamar al despensero, e díxole que por qué non avía aparejado de comer. El qual le dixo que non avía que gastar, que de la tasa que le tenían puesta sus caballeros para su cámara e tabla, que todo era gastado; e que aun él tenía empeñadas todas sus prendas; e aunque le libran maravedís, non le pagaban sus recabadores.

El rey desto ovo grande enojo, e comenzó a dezir: «¿Cómo es esto? El rey de Castilla tiene sesenta cuentos de maravedís de renta en cada un año, ¿e non tiene para su tabla?» e mandóle que le comprase dos espaldas de carnero, y empeñase su balandrán. El qual lo fizo así, e de esto, e de las quodornices que cazó, comió él, e la reyna doña Catalina: e fizo andar sirviendo al dicho despensero desnudo en jubón en tanto que comió.

E en aquel tiempo andaban continuamente con este rey en su corte el dicho don Pedro Tenorio arzobispo de Toledo, e don Fadrique duque de Benabente tío deste rey, hermano bastardo del rey don Juan su padre hijo del rey don Enrique, y don Pedro condestable de Castilla, y el conde don Enrique Manuel, y don Gastón conde de Medinaceli, y Juan de Velasco, y don Alonso conde de Niebla, y Juan Furtado de Mendoza el viejo ayo del rey, y el almirante don Diego Furtado, y Diego López de Estúñiga, y Gómez Manrique adelantado de León, y Perafán de Rivera adelantado de la frontera, y don Gonzalo Núñez de Guzmán maestre de Calatrava, y don Lorenzo Juárez de Figueroa maestre de Santiago, y Rui López de Ávalos que después fue condestable de Castilla, y Juan Furtado de Mendoza mayordomo mayor del rey: e tenían estos caballeros por costumbre de comer todos en uno un día con uno, e otro con otro, y así pasaban su vida. E fue así que aquella noche cenaban todos con el arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio: y el rey se fue mucho disfrazado para la sala donde cenaban, e vido cómo cenaban muchos pabones, e capones, e perdices, e otras muchas viandas valiosas: e desque ovieron cenado, comenzaron de hablar cada uno en las rentas que tenía, e cada uno de aquellos caballeros decía lo que le rentaban sus tierras de renta ordinaria, e asimismo de lo que avía de las rentas del rey.

pp. 363-382. Véanse además, sobre el rey castellano y su leyenda, los trabajos de Fernando Suárez Bilbao, «Enrique III, rey de León y Castilla: el cambio institucional (1319-1396)», en *Archivos Leoneses*, 93-94 (1993), pp. 77-232; Emilio Mitre Fernández, «La formación de la imagen del rey en la historiografía castellana del siglo XV: Enrique III de Trastámara», en *Historia social, pensamiento historiográfico y Edad Media: homenaje al Prof. Abilio Barbero de Aguilera*, coord. María Isabel Loring García, Madrid, Ediciones del Orto, 1997, pp. 115-124; Emilio Mitre Fernández, *Una muerte para un rey: Enrique III de Castilla (Navidad de 1406)*, Valladolid, Ámbito, 2001; y Emilio Mitre, «Lo real, lo mítico y lo edificante en la precaria salud de una monarquía medieval: Enrique III de Castilla como paradigma (1390-1406)», *Hispania Sacra*, 56 (2004) pp. 7-28.

9. Fernando Gómez Redondo, *Historia de la prosa medieval castellana III. Los orígenes del humanismo. El cambio cultural de Enrique III y Juan II*, Madrid, Cátedra, 2002, p. 2092. Véanse las pp. 2092-2010 de esta obra para entender de manera más amplia la cronística, la política y la historia del momento.

E el rey, desde esto oyó, fuese para el castillo de Burgos, e acordó de los prender e matar a todos veinte, ca vido cómo así le tomaban sus rentas y pechos y derechos, y la vida que tenían, e como él non tenía que comer: e otro día antes que amaneciese envió a decir al dicho arzobispo de Toledo, que fuese al castillo, que se quería morir del enojo que avía avido el día antes quando de cazar viniera (ca ya lo sabían todos) e que daba orden en facer su textamento. El qual dicho arzobispo luego que lo oyó fue al dicho castillo, e non llevó consigo más de un camarero; e como entra en el castillo, cerraron las puertas, que non dexaron entrar con él a ninguno.

E tenía el rey de secreto en el dicho castillo bien seiscientos omes de armas de sus oficiales, que al tiempo que allí entraron non sabían unos de otros. E por esta manera envió a llamar a todos, e fueron venidos e entrados los dichos caballeros de suso nombrados, solos, sin ninguno de los suyos, e estovieron en la gran sala, que el rey nunca quiso salir a ellos fasta ora de medio día.

E quando salió de la cámara a la gran sala vino tomando una espada desnuda con su mano derecha, e asentóse en su silla real, e mandó asentar a los caballeros: e dixo al arzobispo de Toledo, que de cuántos reyes se acordaba: y él respondió, que se acordaba del rey don Pedro, y del rey don Enrique, y del rey don Juan su padre, y dél, que eran quatro reyes. E así desta manera preguntó a todos los otros cada uno por sí, que de cuántos reyes se acordaba en Castilla: e dixo el que de más se acordaba, que de cinco reyes. Y este rey don Enrique dixo, que cómo podía ser, porque él era mozo de poca edad, e se acordaba de veinte reyes en Castilla. Y los caballeros dixeron, que cómo podía ser: y el rey respondió, que ellos, e cada uno dellos, eran reyes de Castilla, y no él, pues que mandaban el reyno, y se aprovechaban dél, y tomaban las rentas y pechos y derechos dél, perteneciéndole a él como a rey y señor d'ellos, y non a ellos: y que agora non avía un tan solo maravedí para su despensa: e que pues así era, quel mandara a todos cortar las cabezas, e tomarles los bienes.

E luego dio una voz, y abrieron la gran sala, y a la puerta y ventanas se mostró la gente que tenía armada. E luego entra Mateo Sánchez su verdugo, y puso en medio de la sala un tajón, y un cuchillo, e una maza, e muchas sogas, con las quales les mandaba atar las manos. Y el dicho arzobispo, como era perlado de gran corazón, e sabio (aunque él, e todos los otros tenían que de allí non avían de salir vivos, mirando cómo estaban en tan gran fortaleza, y en poder de rey mancebo e tan ayrado como se mostraba contra ellos, e que non tenían socorro nin amparo alguno salvo el de Dios) fincó las rodillas en el suelo, e pidió al rey clemencia e perdon por sí, e por los otros: e el rey les otorgó las vidas con tal condición, que le diesen antes que de allí saliesen todas las fortalezas que en su reyno tenían suyas del rey, e cuenta con pago de quanto cada uno le avía tornado de sus rentas.

Los quales así lo ficieron, que estovieron allí por espacio de dos meses que nunca del castillo salieron fasta que todas las fortalezas fueron entregadas por sus cartas a quienes el rey mandó: e asimismo les alcanzó, e pagaron ciento y cincuenta cuentos de maravedís de lo que avían tornado de sus rentas. E así los asombró en tal manera, que nunca rey de Castilla se apoderó tanto del reyno como este rey don Enrique, e de los caballeros, e escuderos, e de las comunidades dél.¹⁰

10. Eugenio de Llaguno Amírola, *Sumario de los reyes de España por el Despensero Mayor de la Reyna doña Leonor*, Madrid, 1781, pp. 82-84; *apud* Jardin, «Le Roi anecdotique», pp. 243-244.

Más sobre *La cena de Enrique III*: versiones más cronísticas y refundiciones más populares

Llama la atención que la versión de la leyenda de *La cena de Enrique III* publicada en *El Restaurador* de 1823 no se acordase del nombre del monarca protagonista y que pasase prácticamente por alto el episodio en que el rey empeñaba su *balandrán* (palabra que asomaba en el *Sumario del Despensero*) o su gabán (palabra que preferirán, como veremos, las versiones más modernas), y que solo quede de su vestimenta un eco muy remoto e informal en las glosas añadidas de los dos aldeanos: «lo traiban al esdichao sin calzones». Sorprende también que el texto de 1823 se centre, en cambio, en el episodio en que el monarca preguntaba a sus súbditos por el número de reyes que ellos habían conocido, podando casi todos los demás detalles novelescos que ocupaban las versiones más *cronísticas* y cabales de la leyenda.

El que el refundidor de 1823 no se acordase del nombre del rey y el que omitiese el muy repetido episodio del gabán empeñado es indicio de que no seguía servilmente crónica escrita alguna, y de que estaba reorganizando con cierta libertad y posiblemente de memoria un tipo de leyenda que andaría corriendo en variantes, muchas oralizadas, por ahí. Si a estos indicios se suma el hecho de que el relato de *La campana de Huesca* había sido atribuido en el mismo libelo al *folclórico* rey Wamba, y no al *cronístico* rey Ramiro, y en versión bastante libre, el cuño informal y popular de las versiones de El Fechero queda bastante de manifiesto.

A entender mejor este tipo de tradición encabalgada entre el rígido guión cronístico, la lectura o refundición oral más o menos creativa y la memoria inestable de lo escuchado nos puede ayudar otra versión interesantísima de la leyenda de Enrique III. Interesantísima más por sus acotaciones paratextuales que por el propio relato, que declara seguir la crónica del padre Mariana de 1601, de la que más adelante diremos algo más: «Mariana, *Hist. de Esp.* Tom. V, pág. 68 y sig. de la última edición»). Fue publicada, de nuevo en forma de carta (como la versión de 1823), por el *Semanario de Salamanca del 2 de febrero* de 1796 (núm. 293, pp. 107-109). La introducción de la misiva no tiene el menor desperdicio metapoético ni metahistórico. Cabe decir que para los historiadores de la lectura, y de la lectura oral más en concreto, y para quienes analizan el modo en que las lecturas patrióticas y edificantes contribuyen a moldear la mentalidad popular, este opúsculo es un manantial asombroso de datos:

Señor Editor: Yo soy un pobre hombre, tan escaso de luces, que es imposible ilustrar su *Semanario* de Vm. con ninguna cosa de mi propio caletre. He oído decir, que los hechos y dichos famosos de nuestros antepasados podrían servirnos de mucha instrucción al mismo tiempo que nos recreaban; y aun he leído tomos enteros que con este doble objeto compusieron algunos hombres que sabían más que yo. Movido de este exemplo he pensado ir haciendo yo mi coleccioncita, únicamente para divertirme, y entretener a una Patrona vieja que tengo, que gusta mucho de oír historietas y antiguallas i pues como llevo dicho soy tan rudo, que es imposible ilustrar mis apuntaciones con ninguna aplicación ni moralidad. Remito pues a Vm. esa muestra de mi colección, por si tiene a bien insertarla en su Periódico, bien sea desnuda, o bien acompañada de las reflexiones que le parecieren convenientes. Si gusta a Vm. tanto como a la dicha mi Patrona, ofrezco remitirle alguna otra de quando en quando, para que sepa que es su apasionado,

El Lic. Roque.

El Rey Don Enrique III de Castilla, se hallaba en posesión de un Reyno más vasto que el que habían poseído sus antecesores...

Omitimos, para que no alargarnos en exceso, el texto de la leyenda leído por el Licenciado Roque, pero no algunos de sus muy desenvueltos subrayados y apartes:

Sirvióle el mismo despensero la mesa, quitada la capa, en lugar de los pajes. (Aquí mi buena Patrona llena de compasión empezó a llorar a moco tendido al ver en tanta necesidad a un Rey).

Avino que aquel mismo día todos estaban convidados para cenar con el Arzobispo, que hacía tabla a los demás. (Al oír esto enfurecida mi celosa Patrona, empuñó la rueca con que estaba hilando, y empezó a dar de golpes a unos pucheros y cacharros viejos que tenía, creyendo que eran el Arzobispo y demás comparsa, y me vi y me deseé para, sosegarla, y ponerla en estado de oír el resto de la historia).

Dos, o mejor tres, textos en uno: la crónica del Padre Mariana como base, la creativa relectura dieciochesca del supuesto licenciado Roque y la recepción participante de la vieja que escuchaba. Demostración ejemplar de que de la leyenda de Enrique III (y de muchas más leyendas medievales recicladas en la Edad Moderna) salieron dos grandes ramas de versiones: una más prolija, cronística, apegada al texto historiográfico, que fue la más conocida por las élites; y otra más abreviada y divulgativa, *adaptada*, incluso *dramatizada*, que es la que más debió calar en el imaginario popular, a través de las lecturas orales y refundiciones periodísticas y escolares. La que publicó *El restaurador* en 1823 era sin duda de la segunda cuerda.

La rama más seria y académica no quedó, en cualquier caso, encerrada solo en las bibliotecas palaciegas, y rozó alguna vez los circuitos de difusión de la cultura popular: por ejemplo, Alonso de Villegas, en su *Fructus sanctorum y quinta parte del Flossanctorum* de 1594, que tuvo una acogida más que regular entre el pueblo, consignó una versión bastante completa y pormenorizada, basada de manera declarada en las crónicas del Despensero y de Ayala, aunque la expurgase razonablemente de onomásticas y de excursos que el paso de los siglos había hecho ya muy olvidables.¹¹ Más asombroso resulta que algún periódico decimonónico, como los números del 19 de diciembre de 1856 de *El Norte Español* y de *La Época*, reprodujesen, en la sección de *Variedades*, y con todo lujo de detalles (¡hasta con el prolijo elenco de los nobles levantiscos que había omitido Villegas!), la leyenda, que declaran sacada del *Sumario de los reyes de España* (del *Despensero*). Sorprendente resulta también que hasta una obra que, en principio, poco tenía que ver con la historia de las luchas políticas en las cortes castellanas medievales, *El Bandolerismo* (1876-1880) de Julián Zugasti y Sáenz (que conoció también amplia difusión en su momento), se las arreglase para incorporar una detallada y bastante *cronística* versión de la leyenda de Enrique III.¹² Pruebas fehacientes, en fin, de que en el siglo XIX los textos y resúmenes de historia de España y las anécdotas atribuidas a personajes

11. Puede leerse en el Discurso 41, cap. 18, fs. 219rv, de Alonso de Villegas, *Fructus Sanctorum y Quinta Parte del Flos Sanctorum* (1594), ed. José Aragüés Aldaz, *Lemir* 2 (1998) [<http://parnaseo.uv.es/Lemir/Textos/Flos/Index1.html>].

12. Zugasti y Sáenz, *El Bandolerismo. Estudio social y memorias históricas*, Córdoba, reed. Ediciones Albolafia-Excma, Diputación Provincial de Córdoba-Virgilio Márquez Editor, 1983, II, pp. 116-117.

memorables sacados de prolijas crónicas tuvieron un tipo de circulación más amplia y compleja, hasta en los periódicos comerciales y en las publicaciones que menos cabía esperar, de lo que imaginábamos.

Pero hubo, además de esa, otra rama de versiones más abreviadas, simplificadas y con vocación divulgativa que es la que acoge seguramente a nuestro texto de 1823. Tales versiones vulgarizadas o *vulgatas* venían, en realidad, de muy antiguo. La que refundió en su *Historia general de España* (iniciada en 1601, traducida de su *Historia de rebus Hispaniae* latina de 1592) el padre Juan de Mariana simplificó, aunque someramente, algunos ingredientes de las fuentes medievales y renacentistas. Covarrubias, en el *Suplemento al Tesoro de la lengua española castellana* de 1611, hizo una poda un poco más visible, a pesar de que declara seguir la historia de «Mariana lib. 19, cap. 14». Se convierte de ese modo en hito relevante en el proceso de configuración de lo que podríamos considerar rama *vulgata* o abreviada (que tuvo a su vez manifestaciones diversas) de la leyenda:

Viéneme a propósito contar un caso particular que aconteció al rey don Enrrique el doliente en Burgos, el qual aviendo salido un día a caça de Codornices, y volviendo con buena gana de çenar, le dixo su despensero que no tenía qué dalle, por quanto no avía dinero, ni aun crédito para traher nada fiado, el rey se desnudó su gaván y le mandó que sobre él buscasse qué le dar a çenar y truxese un poco de carnero que con él y las codornices que avía caçado le daría de comer. Sirvióle el despensero a la çena quitada su capa en lugar de los gentiles hombres. Moviose plática sobre mesa de que los grandes de su corte se festejaban unos a otros y que aquella propia noche çenaban todos con el Arçobispo de Toledo. Fuese allá disfrazado y notó todo lo que pasaba con mucha atención y particularmente las pláticas que tubieron entre sí, en que cada uno relató las rentas que poseya y las pensiones que de las rentas reales llebaba. Otro día siguiente dando a entender que se hallaba muy malo y que quería otorgar su testamento, convocó todos los grandes dada orden que así como fuesen entrando echasen fuera los criados. Y quando los tubo todos juntos en una sala, salió armado de todas armas que no causó poco miedo a los presentes. Sentado en su trono preguntó a cada uno de ellos cuántos reyes de Castilla avían conocido? Y diçiendo unos más y otros menos, les replicó, yo soy más moço que vosotros y e conoçido no menos de veynte reyes. Estos soys vosotros en grave daño del reyno y mengua nuestra. Junto con esto en alta voz llamó los ministros de justicia que en tal caso se requieren y seyscientos soldados que de secreto tenía aperçibidos. Quedaron atónitos los presentes, el de Toledo como persona de gran coraçón pidió perdón al rey de lo en que avían errado. Lo mismo con su exemplo hiçieron los demás. El rey, después que les tubo humildes, les perdonó las vidas a tal empero que entregasen los castillos cuyas tenençias estaban a su cargo, contando todo el alcance que les hiçieron de las rentas reales que cobraron en otro tiempo. Dos meses que se gastaron en asentar y concluir estas cosas los tubo detenidos en el castillo.¹³

La perseverancia durante siglos, en las lecturas, las consejas derivadas de ellas y el imaginario popular, de este tipo de *vulgatas* simplificadas, y también, en paralelo, de

13. Sebastián de Covarrubias, *Suplemento al Tesoro de la lengua española castellana*, eds. Georgina Dopico y Jacques Lezra, Madrid, Polifemo, 2001, p. 268.

algunos cuentos y folletines lacrimógenos inspirados más en ellas que en las versiones *cronísticas*, resulta sorprendente.

Notable es ver también cómo en el siglo XIX y en los inicios del XX un ingrediente que venía de antiguo, pero que no había sido decisivamente emblemático hasta entonces de la leyenda, el del gabán empenado, cobraba relieve creciente en las refundiciones que se iban haciendo del relato. El *Duende de los cafés*, un diario que se publicó en el Cádiz constitucional, concretamente su número del 12 de octubre de 1813 (pp. 226-228), publicó una versión, *vulgata* aunque bastante extensa, que sacaba a relucir el gabán empenado, que en una ocasión era calificado también de *gabardina*. Un artículo contrario al absolutismo fernandino que fue publicado en *El Español* del 14 de marzo de 1836 (p. 2) resulta muy ilustrador, porque en la rapidísima alusión que hace al rey medieval arroja todo el peso sobre la cuestión de su gabán: «estudien la vida de Fernando VII, y digan si le causara mucha complacencia verse obligado como Enrique III a vender el gabán para cenar». Un cuento publicado por un escritor de medio pelo, A. Martínez del Romero, con el título de «Las trovas de don Enrique el enfermo», en *El reflejo* del 8 de junio de 1843 (pp. 177-181) situaba también el gabán en un lugar bien visible. Además, un folletín que tuvo cierto éxito, *El gabán de don Enrique el Doliente: novela histórica*, del aristócrata y político José Muñoz Maldonado, publicado en varias entregas del periódico *Museo de las Familias* en 1844, reservaba al gabán los honores hasta del título de la leyenda. Un reportaje un tanto estrafalario acerca de su recepción fue firmado por F. de P. Mellado, con el título de «La sonámbula», en *El Museo de las familias* del 25 de enero de 1845 (pp. 1-3). Se trata de otro texto que interesará, y no poco, a los historiadores de la lectura oral:

—Cuénteme vd., léame vd. alguna cosa —dijo al cabo de algunos minutos con voz a la vez dulce e imperiosa.

Yo no sabía qué hacer, y como sucede siempre en tales casos, ni hice ni contesté nada. La sonámbula prestaba una atención tan fija y perseverante que me *sujirió* la idea de intentar una prueba; pero como yo guardaba silencio, hizo un gesto de despecho, y renovó la súplica con un acento más tierno y más melancólico aun.

—¡Ah! Hábleme vd.; dígame vd. algo, *esclamó*, y me hará vd. mucho bien.

Esta vez obedecí, y quise buscar entre los libros que tenía a la vista, alguno donde leer cosa que le fuese agradable; pero desgraciadamente todos eran de materias áridas para una *muger*, y los más de ellos franceses; por fortuna tenía sobre la mesa el manuscrito de la interesante novela *El gabán de don Enrique el Doliente*, que me acababa de enviar su autor, el señor Maldonado, para el *Museo de las Familias*, donde la han visto ya publicada mis lectores, y pareciéndome como venido del cielo, emprendí la lectura de los dos primeros capítulos.

La enferma escuchó con una inmovilidad tan absoluta, que la asemejaba a una estatua de mármol colocada sobre un sepulcro. Cuando concluí esta lectura hecha en voz baja y casi ininteligible, volvió a llevarse de nuevo la mano al corazón y a la frente, se levantó y entró en su cuarto cerrando la puerta cuidadosamente.... Inútil es añadir que en lo que faltaba de noche no pude cerrar los ojos.

El viejísimo gabán de don Enrique no se arrugó ni perdió vistosidad ni en los inicios siquiera del siglo XX. En *La Correspondencia de España* del 25 de enero de 1903 (p. 5) publicó Ángel del Arco un artículo que llevaba el título bien revelador de «El gabán el

rey Doliente». Un anónimo «Ajuste de cuentas», versión *vulgata* otra vez, que publicó *El Día* del 4 de julio de 1903 (p. 2) giraba también en torno al gabán del rey. «Un gabán histórico», firmado por un tal «Punch» añadió a todas las anteriores una versión abreviada cuando fue publicada el 3 de noviembre de 1918 por el periódico *La Acción* (p. 3).

Capítulo aparte, en relación con la leyenda de Enrique III y con sus versiones *vulgatas* merecen las rescrituras que impregnaron libros y aulas de escuela. Un ejemplo: en 1881 vio la luz un libro de lecturas piadosas y ñoñas, *Flora o la educación de una niña*, de la propagandista católica Pilar Pascual de San Juan, que conoció más de una docena de reediciones hasta la década de 1950 y fue uno de los libros más leídos por unas cuantas generaciones de niñas españolas. Hasta en sus páginas caló una versión, sumamente simplificada, de nuestra leyenda, por más que no se entienda muy bien qué pintaría aquella tortuosa historia de intrigas palaciegas medievales dentro de un manual de educación para niñas:

Su hijo Enrique III, llamado el Doliente por la poca salud de que gozaba, subió al trono en la temprana edad de once años, bajo una multitud de tutores y regentes, que deseosos todos de mandar, saqueaban el tesoro real y promovían continuas disputas. Llegado, empero, a los 14 años, este rey tan enérgico de alma como apocado y débil en su físico, se declaró mayor de edad, y después de un banquete, habló a los grandes en estos o semejantes términos: «¿Cuántos reyes habéis conocido vosotros?». La mayor parte le contestaron, no sin sorpresa, que en Castilla no habían conocido más que dos o tres soberanos, según la edad que contaba el que respondía. «Pues yo, siendo más joven que ninguno de vosotros, he conocido muchos», contestó D. Enrique. «¿Cómo así?», interrogaron los cortesanos. «Muy sencillo. Cada uno de vosotros es un rey que gobierna con toda la tiranía que le es posible, y disfruta de las rentas de la corona, mientras ha llegado el caso de no haber manjares que servir a mi mesa, ni leña con que calentar mis habitaciones. Es preciso que esto concluya, y concluirá desde hoy».

En efecto, el joven rey administró por sí mismo las rentas de la corona con tal economía y prudencia, que no necesitó recurrir a impuestos, siempre gravosos para la nación.¹⁴

Décadas después, entrado ya el siglo XX, publicó la educadora supuestamente feminista Abigail Mejía (quien pasó su vida entre la República Dominicana y España) otra versión infantil o infantilizada de la leyenda. Un periódico que la dio como primicia de su libro *Brotos de la raza* (1926), obra relevante del *kitsch* patriótico y edificante, ofreció esta tarjeta de visita: «La autora de este libro ha cumplido bien su propósito de dar a los niños narraciones de vidas infantiles heroicas. Entresacamos dos de ellas que son buena muestra de la sencillez y amenidad que domina en todo el libro».¹⁵

La leyenda de *La cena de Enrique III* ha conocido, ya en el siglo XX, una versión mucho más interesante y presentable que la que acabamos de conocer, ya que fue reescrita con tonos oscuros y escépticos, atrevidamente desmitificadores, por Francisco Ayala en esa alegoría genial de la violencia política que es su colección de cuentos *Los usurpadores* (1949). En concreto, en el relato que lleva el título de *El Doliente*.¹⁶

14. Pascual de Sanjuán, *Flora o la educación de una niña*, Barcelona, Hijo de Paluzie, 1923, pp. 267-268.

15. «Brotos de la Raza: Enrique el Doliente», *El Consultor bibliográfico*, 1 de diciembre de 1925, pp. 429-432.

16. Sobre tal cuento, véase el artículo de Gonzalo Sobejano, «Lectura de *El Doliente*», *Cuadernos Hispanoamericanos (Homenaje a Francisco Ayala)*, 110: 329-330, (noviembre-diciembre, 1977), pp. 449-468.

Más sobre las adaptaciones políticas de la leyenda de *El gabán de Enrique III*

Todas las versiones que hasta aquí hemos conocido de la leyenda de Enrique III llevaban más o menos implícita (la absolutista de 1823 la gritaba bien explícita) una cierta dosis de propaganda o de moraleja política y partidista. Pero hubo, en paralelo, otras reescrituras en que lo político se situaba en un plano más visible todavía. De hecho, si hay algo que llama la atención en las recuperaciones que se hicieron en el siglo XIX y en los inicios del XX de la leyenda medieval de Enrique III es la facilidad con que fue tomada como punto de comparación ejemplar con conflictos que se hallaban en el más puntual y encendido candelero de la política de cada momento.

Asomémonos, para empezar, al debate parlamentario que enfrentó a dos apasionados oradores, el progresista Mendizábal y el tradicionalista Facundo Infante, quien recicló en aquel discurso a todo un plantel de reyes medievales entre los que no pudo menos que asomar don Enrique con su famosísimo gabán. Tomo la respuesta de Infante de la transcripción que fue publicada por *El Clamor Público* del 6 de marzo de 1849 (p. 2):

Ha dicho el señor ministro de Estado que yo no he sido exacto en mis citas históricas, y que en los reinados de don Juan I, don Juan II y don Enrique IV había estado la Religión en su apogeo, pues que por la Religión se sostuvo entonces el trono. Yo, señores, no quiero achacar a la Religión los males que ocurrieron en aquellos reinados, con lo cual me parece que soy un poco más ortodoxo que el señor ministro. En el reinado de don Juan I, cuando los moros aún ocupaban una parte considerable de nuestras provincias meridionales y hacían incursiones en los pueblos comarcas, algunos eclesiásticos y grandes promovieron una guerra contra cristianos, contra los portugueses, e hicieron pasar a las tropas castellanas por la ignominia de ser derrotadas en Aljubarrota.

Me parece que la Religión no pudo tener parte en esto. Muy conocida es de los señores diputadas la historia del gabán de don Enrique III, llamado el Doliente, el cual, no teniendo para cenar, empeñó su gabán y después fue a una orgía en que estaban los grandes y algunos eclesiásticos, y esta orgía la daba el primado de las Españas, el arzobispo de Toledo. A don Enrique III sucedió don Juan II. Señores, ¿qué parte podían tener ni la Religión ni la moral en lo que allí pasaba?

Durante todo el siglo XIX fue la anécdota atribuida a Enrique III punto de comparación más que socorrido dentro del debate político. El periódico *El Liberal* del 6 de junio de 1883 (p. 1) homologaba, en gruesa polémica con su rival *La Época*, al joven Enrique medieval y al joven Alfonso XII decimonónico. Quien moriría, por cierto, en 1885, a la misma edad de 27 años que había alcanzado siglos antes el rey Doliente:

Conocida es la anécdota que traen varios de nuestros historiadores, al narrar el reinado de Enrique III, cuando este monarca fue mayor de edad.

El arzobispo de Toledo, otros prelados y magnates, apoderados de la gobernación del reino y del reino mismo, celebraban un suntuoso banquete, mientras el monarca se veía obligado a empeñar su gabán para cenar aquella noche. El *esceso* del mal trajo el remedio. D. Enrique pensó que bastaba con un monarca en Castilla, y reuniendo a los magnates en su cámara, después de preguntarlas cuántos reyes habían conocido, oída su respuesta, les dijo que él, por su parte, había conocido tantos cuantos allí se hallaban congregados, y que era ya tiempo de que no hubiera más que uno: el que lo era por derecho; el que la nación reconocía y acataba.

Con estas remembranzas da los tiempos del rey Doliente, empieza *La Época* un artículo titulado «Nuestros soberanos», en el cual trata de demostrar que hoy reina en España la anarquía mansa, y que los carlistas, de un lado, los federales, de otro, y los socialistas, por su parte, han declarado en estado constituyente la geografía, la historia, el régimen político y legal de España...

¿Y qué? Dirán nuestros lectores.

Nada; que *la Época* quiere que aquí no piense nadie más que en aclamar a D. Alfonso XII.

La Época no se queda corta en pedir...

Tiene —como suele decirse— boca de fraile.

Pero entendámonos...

¿De veras es el reinado de D. Alfonso XII igual que el de D. Enrique III?

Aunque eso sea harina de un costal que no podemos abrir aquí, de Alfonso XII difundió la propaganda realista anécdotas que volvían a reciclar el mito del rey aliado con su pueblo frente a la nobleza. Así, la de la epidemia de cólera de 1885, que hizo que el rey acudiese a visitar clandestinamente a los enfermos, en contra de lo que había dispuesto el gobierno, lo que le habría granjeado el amor de los más humildes.

Las comparaciones con el rey Doliente siguieron impregnando el debate político y el periodístico hasta la década de 1930. No pasaron de ahí, porque a partir de la Guerra Civil se hace difícil imaginar a ningún político ni periodista al uso que supiera siquiera quién había sido aquel rey, ni a ningún periódico que se atreviese a acoger en sus páginas una comparación de tan sofisticado cariz.

Un artículo titulado «Crónicas londinenses: el centenario de Enrique III», firmado por un tal Ramiro Merino y publicado por *El País* el 27 de octubre de 1906 (p. 3) aprovechaba el muy traído, llevado y empeñado gabán del rey Doliente para trazar una alegoría paródica, radical, punzante, de la sociedad española de su tiempo, con sus vergüenzas económicas y sus vicios morales. Una crítica que entroncaba muy bien con la manía que envolvió a la España de los inicios del siglo XX de combatir la resaca dolorosa de las derrotas de 1898 con la celebración de todo tipo de centenarios, algunos muy ilustres, otros simplemente pintorescos. Y una crítica, además, que hoy, más de cien años después, sigue teniendo sorprendente actualidad:

Entiendo yo que hay un centenario que se impone de una manera decisiva, y no ya centenario, sino aniversario debiera ser, porque el acontecimiento de que se trata está más de acuerdo con el alma nacional; y basta de prólogo, que ya la idea forcejea y empuja por salir a la luz. Digo, pues, que debemos sacar del olvido en que yace el doliente monarca D. Enrique III y celebrar en toda España, con la solemnidad debida, el aniversario de aquel día en que el susodicho rey empeñó su gabán para comer; y mientras no celebremos ese acontecimiento, seguiremos siendo injustos, orgullosos, vanos y pretenciosos. Dada la actual situación de nuestra patria, ¿qué rey, ni qué hazaña pueden venirse antes a la memoria que los ya citados? Yo me brindo con toda mi buena voluntad a organizar los festejos necesarios, sin aspirar a más recompensa que a la de lograr algún botoncito de colores con que adornarme mi ojal, cansado ya de claveles y violetas.

Al correr de la pluma, de buenas a primeras, se me ocurren ya cuáles podrían ser algunos de los festejos. Yo no recuerdo bien la fecha del empeño del regio gabán; pero fijaría para las fiestas los días 28, 29 y 30 del mes correspon-

diente, por ser estos los días en que el ánimo nacional está más de acuerdo con el espíritu del pobre D. Enrique.

Comenzarían las fiestas por una becerrada, en que los dependientes de las casas de préstamos serían los encargados de lidiar los bichos y de extender *las papeletas*, pues claro es que había de ser por invitación. Los pormenores de esta fiesta serían fijados por una comisión de revisteros taurinos. Creo que a la salida del toro, que reuniera condiciones, se podría hacer la siguiente mojiganga, en medio de la plaza y detrás de un mostrador habría uno de nuestros más benévolos prestamistas; en el momento de salir el toro, se presenta un torero ante el mostrador con un gabán en el brazo, como para empeñarlo; pero como en esto llega el animal, el torero con el mismo gabán da un recorte al estilo de Reverte, y el toro, al ver el farol blanco y redondo con la palabra «Dinero», se pondrá a olerlo mansamente, mientras el prestamista toma el olivo y las masas aplauden frenéticamente.

El segundo número de los festejos podría ser una procesión cívica. Abrirían la marcha doce señores con gabanes de pieles, caso de que todavía podamos poner en pie de guerra un número tan considerable. Después seguiría un grupo numeroso, de todos los que han empeñado su gabán por el capricho de comer; después grupo de los vice-versas, o sean los que llevan gabán, pero no han comido.

Para contentar a los elementos reaccionarios, se dejaría figurar la imagen de Santa Gabina, representada por un sombrero de copa, que llevarían en andas los criados del Monte de Piedad. Después vendría el grupo de los bienaventurados, que son esos que se consideran felices cuando llevan sobre el brazo un gabán doblado del revés, cuyo forro reluce. Gran carroza alegórica: un inmenso farol conteniendo la papeleta del gabán de D. Enrique; detrás un estandarte, con la cifra, bordada en oro, representativa de lo que importarían los intereses si hubiera que sacar hoy día la susodicha prenda. Un poco más separados, y lo mismo que en el Dos de Mayo, vendrían los parientes de las víctimas, es decir, los acreedores, hasta la cantidad de diez pesetas, de todos los que han pignorado su abrigo; detrás vendría la congregación del Verde Gabán, grupo numeroso de gentes que conocieron negros sus gabanes y que ahora piensan que no somos nada. Cerraría la marcha una representación de los que tienen dos gabanes, y, finalmente, un golpe de retreta con faroles blancos y las palabras del ángel: «Ropas, Alhajas, Efectos...».

Al día siguiente se daría un concierto popular donde se cantaría el coro la *Vechia zimarra*, de la Bohemia. Luego una sinfonía en sol menor (como heredero del que no se ponía en nuestros dominios) y finalmente alguna composición titulada *El estómago artificial*, copiada por alguno de nuestros maestros, que se cantaría a media voz, como indicando debilidad.

Al día siguiente, recepción en la Academia de la Historia; admisión de un sastre y de un prestamista en el seno de la corporación, y los consiguientes discursos en competencia de erudiciones. El académico de turno hablaría sobre si la sastrería es arte o ciencia; el sastre, sobre la ventaja que en todos tiempos ha sido tener un buen gabán, y el prestamista, ante tanta elocuencia, declararía su inteligencia *vencida*, en su obsesión de quedarse con las cosas. Finalmente se descorcharían algunas botellas de champagne; se brindaría por nuestra regeneración y se mandaría un mensaje de adhesión a los revolucionarios rusos, que también gastan los primeros gabanes.

En el Español le daríamos otro golpecito a *El Vergonzoso en Palacio*, como representación oficial, y al día siguiente, como falta de sentido común y de con-

secuencia, se repartiría gratis una buena cantidad de pan entre los pobres que no tienen gabanes. Aún tengo esperanza de que antes de celebrar esa fiesta se me han de ocurrir cosas de mayor cuantía. Por ahora me limito a echar la idea entre ustedes que, más acostumbrados a esto del iniciar y recordar fechas y sucesos notables que un servidor, seguramente sabrán sacarle punta. Yo me propongo escribir hoy a la Academia de la Historia pidiéndole me proporcione los siguientes datos:

Cuánto le dieron a D. Enrique por su gabán.

Si los forros eran de pieles o de franela.

Si gastó todo en la primera comida.

Si ya se redactaban en francés las listas de los guisos.

Si pudo desempeñar el abrigo.

Si cogió algún catarro de resultados de su hazaña.

Y cuál sería hoy la suerte de España si D. Enrique no hubiera empeñado su gabán.

Mientras tengo contestación completaré este programa y propondré que en la calle de Válgame Dios se erija un monumento representando el gabán empeñado por el rey.

Y ahora, ustedes discutirán si se debe celebrar el sitio de Zaragoza y envíenme un telegrama diciéndome si todavía sigue la Virgen en su deseo de no ser francesa.

Ramiro Merino, Londres 21 Octubre 1906.

Reescritura satírica de la leyenda del gabán de Enrique III, llena de gracia chispeante y alevosa, la anterior. Y reescritura solemne y complaciente, además de huera y absolutamente miope, la que vamos enseguida a conocer. Se trata, en efecto, de una apología servil de quien en 1930, y por muy poco tiempo ya, ejercía de Príncipe de Asturias: el joven don Alfonso, que tenía entonces 23 años, que sería enviado al exilio con el resto de su real familia unos meses después, en abril de 1931, y que moriría en Miami en 1938, cumplidos apenas los 31 años. De modo que la vida plena y el reinado feliz que auguraba su propagandista de *El Imparcial* del 19 de septiembre de 1930 (p. 3), bajo la firma «De Orense», se quedaron en nada. Sorprende, en cualquier caso, apreciar la insistencia que pone su apologista en presentar al joven como un príncipe humilde y campesino, muy enemigo de los fastos e intrigas de la corte: un tipo de coartada ideológica (por no decir mitológica), falsa del todo, que hemos visto ya muy presente en la apología fernandina de 1823, que lo estuvo también en la configuración de las leyendas medievales de Wamba, Ramiro II y Enrique III, y que había latido también, según hemos dicho, en leyendas como la del Cid o los Siete Infantes de Lara:

Cuenta la historia que para acallar don Juan I las pretensiones de su prima, la hija del asesinado en Montiel, casada con el duque de Lancaster, concertó el matrimonio de su hijo el príncipe don Enrique con Catalina de Lancaster, nieta de don Pedro, concediendo a los nuevos esposos el título de Príncipes de Asturias, que en adelante habían de ostentar los herederos de la Corona de Castilla. Y aquel buen príncipe castellano, que legitimaba con tal acto el advenimiento de los Trastámaras, fue sin mover estruendo de batallas ni adornar su frente con laureles de victoria, un prudente gobernante, magnánimo y generoso, que si tuvo en ocasiones que empeñar su gabán para comer, supo a la vez obligar a los soberbios magnates de su corte a doblar la cerviz ante su rey y señor natural; a quien si lo delicado de su salud impedía vestir

la armadura, no por eso dejó de hacer sonar el nombre de España en el mundo con la embajada que Ruy González de Clavijo llevó al Gran Tamorlán, ni de ensanchar las tierras castellanas poniendo el primer jalón para el descubrimiento del nuevo mundo con la conquista y anexión de las islas Canarias. Y cuentan las crónicas que aquel buen rey Enrique, el tercero de su nombre, fue llamado por sus achaques el Doliente, y a pesar de sus dolencias hubo de pasar a la historia como uno de los mejores monarcas de Castilla, digno abuelo de su nieta Isabel, la grande.

Azares de la vida y misterios del arcano del destino nos traen al cabo de los siglos para heredero de la Corona un Príncipe de Asturias bondadoso, jovial y democrático como el Príncipe don Enrique, y como él doliente y más aficionado a la vida sencilla y campesina que al estruendo y boato de la solemne y grave Corte castellana.

Y el Príncipe doliente va recorriendo las villas y ciudades de su reino y recoge a su paso los laureles del triunfo y de la simpatía, atrayéndose el amor de sus súbditos futuros por la llaneza de su trato amable y sencillo, y por el gesto de bondad y de resignación con que la dolencia selló su faz en la sonrisa cariñosa y la mirada dulce de sus ojos azules.

A su paso, las cerradas mansiones señoriales abren sus puertas, las villas y ciudades sus casas comunales, las iglesias y monasterios rompen sus clausuras, y el hidalgo pueblo cuya mansión es el arroyo y el campo labrantío, lo pergeñan y engalanan para rendir también su homenaje al Príncipe doliente, que como el buen rey Enrique sabe sentarse sin rubor a la mesa de los humildes, para afrontar así más duramente a los soberbios nobles que habían usurpado las rentas de la corona y despreciaban y oprimían al buen pueblo castellano, sostén de tronos y privilegios.

Doliente el último Príncipe de Asturias, como doliente fue el primero. Sírvalle experiencia de su dolor para ser como el buen rey Enrique uno de los mejores monarcas castellanos y hacer de su futuro reinado uno de los más felices de la historia patria, para bien de sus súbditos y gloria de su nombre.

Hubo otros usos, algunos bastante excéntricos, de la leyenda de Enrique III por aquellos años iniciales del siglo XX. Un tal R. de Santa Ana publicó en *Mundo gráfico* del 6 de octubre de 1920 (p. 4) un reportaje pintoresquísimo titulado «Usos y costumbres: el gabán», que pasaba revista a la historia de tal prenda y en el que no podía faltar, por supuesto, el del rey Doliente. Entreverado, esta vez, con algún infundio antisemita:

No es prenda de habrá poco, aunque así lo parezca, ni sus orígenes son exóticos, puesto que en la Historia de España juega importante papel en diversas ocasiones, tales como aquella en que valió para pagar la comida de Enrique III, el Doliente.

Hay seres y cosas que ya desde su nacimiento tienen marcada la huella de su triste destino; el gabán vino al mundo con la fatalidad de la casa de préstamos. Aquel pobre Monarca de Castilla le marcó el derrotero de su vida con entregar la dicha prenda de su uso en manos de unos judíos, a cambio de unas sopas, como Jacob cedió su primogenitura por un miserable plato de lentejas.

Años antes, en *La Época* del 17 de abril de 1893 (pp. 2-3) había aparecido una noticia curiosísima que hemos dejado para el final casi de este epígrafe, por cuanto compara el perfil de nuestro don Enrique hispano y medieval con otro rey joven, ahora serbio

y decimonónico, cuyos aprietos juveniles parecen en efecto haber seguido un guión similar al del doliente don Enrique:

El golpe de Estado en Servia. Un nuevo D. Enrique el Doliente. Cómo se verificó el golpe de Estado. La sorpresa de los regentes.

Las circunstancias del golpe de Estado que acaba de dar el joven Rey Alejandro de Servia, no pueden menos de evocar en el espíritu del lector español el recuerdo de la leyenda histórica de nuestro D. Enrique el Doliente.

Entre el golpe de Estado de 1393, aun despojándole de los episodios con que lo ha engalanado la relación legendaria más conocida, y el golpe de Estado de Servia, hay singulares semejanzas. Solo le ha faltado a Alejandro I decir a los regentes: «¿Cuántos Reyes habéis conocido en Belgrado?», para parodiar por completo la escena ocurrida hace cinco siglos en el Palacio de Burgos.

No quiere decir esto que el cambio político de Belgrado deba atribuirse en absoluto a un precoz arranque varonil de ese Monarca de dieciséis años, que en estos días ocupa la atención de toda la prensa de Europa. Desde la reconciliación de sus padres, Milano y Natalia, la situación de los regentes pudo considerarse muy comprometida.

La prensa inglesa, desde el *Daily News* al *Times* y el *Standard*, atribuyen unánimemente el golpe de Estado a los padres del Monarca servio, impulsados o autorizados por el Czar, y es posible que esta apreciación de los periódicos británicos se ajuste a la realidad de las cosas. Con todo, los incidentes del acto realizado por el Rey Alejandro ofrecen interés, aunque no sea más que por la indicada semejanza que presentan con la leyenda de Enrique III de Castilla.

La víspera del golpe de Estado, el joven Monarca de Servia había sufrido en presencia del regente Ristitch y de algunos ministros el examen semestral acostumbrado de sus estudios. Distinguióse sobre todo en las materias jurídicas, y el regente le felicitó diciendo: «V. M. podría reclamar el título de doctor en derecho». Bien ajeno estaría de la lección de derecho constitucional que para el día siguiente le preparaba el aprovechado alumno.

Alejandro invitó a los regentes y ministros a comer en Palacio el día siguiente en celebración del buen resultado de sus exámenes. Cuando llegaron los invitados a la residencia real no dejó de causarles alguna sorpresa ver entre los comensales al general Franassovitch, al comandante de la plaza de Belgrado, general Milanovitch, y a varios jefes del Ejército. En cuanto al antiguo preceptor del Rey, Sr. Dokitch, que también se hallaba presente, nada tenía de insólito que concurriera, pues aunque los regentes no le miraban con buenos ojos, no habían podido impedirle nunca la entrada en Palacio.

La comida verificóse con animación y cordialidad. Hablóse de política, de la actitud de los radicales y de las cuestiones parlamentarias pendientes. Como de costumbre, el joven Monarca se retiró a sus habitaciones a las diez. Una hora más tarde, el regente Sr. Ristitch dio la señal de retirada, pero el ayudante de campo del Rey, coronel Tchivitch, le cerró el paso diciendo: «S. M. tiene que hablaros de un asunto importante, y os ruega, así como a estos señores, que no os ausentéis». Ristitch, habituado a mandar en Palacio, contestó sin dar gran importancia al asunto: «Mañana será lo mismo»; pero en esto abrióse la puerta del salón y apareció el Rey con uniforme de campaña de general y el gran cordón de la Orden de Takova al cuello. Inmediatamente su ayudante de campo y el coronel Milanovitch se pusieron a su lado, colocándose tras él el general Franassovitch y el Sr. Dokitch.

Frente a ellos formaron un grupo regentes y ministros, que al ver al Monarca se habían levantado de sus asientos, y que no podían disimular su sorpresa. Con voz firme declaró Alejandro que, en vista de las dificultades de la situación, y para evitar una guerra civil, declaraba terminada la misión de los regentes, e invitaba a los ministros a presentar la dimisión, encargando a Dokitch la formación del nuevo Gabinete.

Antes de que pudieran contestar una palabra los regentes, el Rey, acompañado de su séquito, salió de la habitación y se dirigió a los cuarteles para hacerse reconocer por las tropas, que le acogieron con el mayor entusiasmo. Mientras tanto, ocurría en Palacio una violenta escena. El general Markovich, que formaba parte de la regencia, amenazó a los oficiales adictos al Rey y trató de sacar la espada contra ellos, viéndose apurados sus compañeros para calmarle. Ristitch, más tranquilo, dijo que aquello no era serio, y que se había abusado de la juventud del Rey; pero cuando trató de salir de la estancia, el coronel Milanovich se colocó delante de la puerta y declaró que nadie saldría de Palacio. Ristitch, lleno de cólera, exclamó: «¡Esto es un secuestro! ¡Os jugáis la cabeza!». Mas al ver un fuerte destacamento de soldados, que con bayoneta calada ocupaban el corredor de salida, no tuvo más remedio que permanecer allí en unión con sus colegas.

Hasta la mañana siguiente, la población de Belgrado no se enteró de lo ocurrido. El entusiasmo fue grande al saberlo. Los regentes y los ministros se resignaron al ver que no les quedaba otro remedio, y firmaron las dimisiones que le presentó el nuevo jefe del Gobierno, Dokitch, pasando a sus casas en concepto de detenidos.

Dícese que el director de la conspiración ha sido el mismo Dokitch, y que el golpe de Estado se convino hace poco en una entrevista celebrada por aquel con el ex Rey Milano en Alemania. Esta es la parte secreta del asunto, en ella hay que buscar la causa verdadera del golpe de Estado de Servia. Pero, ¿no es verdad que el arresto de los regentes recuerda la cena dada por el arzobispo de Toledo a los magnates que con él se repartían el Reino, y en la cual aparece de improviso el Monarca, que según cuenta la leyenda, había tenido que dar en prenda su gabán para pagar la comida de aquel día, y pone término con enérgica resolución a los abusos de prelados y nobles? Tal vez los futuros historiadores de Servia den al olvido las intrigas de Milano, y al referir el suceso de Belgrado hagan del joven Rey un trasunto de nuestro D. Enrique III.

Y una última y también internacional curiosidad, con el gabán de don Enrique otra vez involucrado: el relato breve titulado *Los argumentos del corregidor* (1875), de las *Leyendas peruanas* de don Ricardo Palma, que hace una dura crítica de la administración española en la Lima virreinal a cuenta de un Visitador que fue enviado allí por el mismísimo Carlos III, sospechoso de que sus funcionarios le engañaban y robaban con contumacia similar a la que habían utilizado contra los intereses de su antecesor don Enrique:

Parece que una mañana se levantó Carlos III con humor de suegra, y francamente que razón había harta para avinagrar el ánimo del monarca. Su majestad había soñado que las arcas reales corrían el peligro de verse como Dios quiere a las almas, es decir, limpias, porque sus súbditos de las Américas andaban un sí es, no es remolones para proveerlas.

—¡Carrampempe! Pues a mí no ha de pasarme lo que a don Enrique el Do-liente que, no embargante ser rey y de los tiosos, llegó día en que no tuvo cosa sólida que meter bajo las narices, y empeñó el gabán para que el cocinero pu-

diera condimentarle una sopa de ajos y un trozo de jabalí ahumado. Que me llamen a don José Antonio.

Y don José Antonio de Areche, del Consejo de Indias y caballero de la distinguida Orden de Carlos III, no tardó en presentarse ante su rey, y disertar con él largo y tendido sobre los atrezos del real tesoro. Y por consecuencia de la plática entre señor y vasallo, nos cayó como llovido por estos reinos del Perú, en 1777, y con el título de Visitador general, un culebrón de los finos...¹⁷

¿El desenlace de la leyenda peruana? Pues que el Visitador se enfrenta al principio a la corrupción limeña, para luego verse manchado y absorbido por ella, lo que motiva su llamada a España y su castigo. Moraleja: que tampoco el rey Carlos III, ni aun cuando se propuso aplicar mano dura contra la corrupción económica e imitar a su antecesor Enrique, pudo fiarse de la honestidad de ninguno de sus cortesanos.

La leyenda de *La caza de Carlos I* y algo más sobre *La cena de Enrique III*

Antes de apuntar algo más acerca de la leyenda del Enrique III que se va de caza, ha de cenar pobremente, pregunta a sus súbditos a cuántos reyes han conocido, etc. etc. etc., conviene que conozcamos esta otra leyenda relativa al emperador Carlos I que su biógrafo Fray Prudencio de Sandoval fechó en el año 1538, en su crónica escrita entre 1604 y 1618:

Peligro en que el Emperador se vio andando a caza. Caso notable de una tempestad en Puzol, que en latín se dice Puteolos.

Después de las Cortes de Toledo el Emperador vino a Madrid, y por desenfadarse, como es costumbre de los príncipes, se fue al Pardo a caza, donde se perdió, aunque con más seguridad que en la sierra de Granada el año de veinte y seis.

Sucedióle un caso gracioso, y fue, que siguiendo a un venado se apartó mucho de los suyos, y vínole a matar en el camino real, dos leguas de Madrid. Llegó ahí a este punto un labrador viejo, que en un asnillo llevaba una carga de leña. El Emperador le dijo, si quería descargar la leña, y llevar aquel venado a la villa, que lo pagaría más de lo que la carga de leña le podía valer. Respondióle el labrador con donaire, diciendo:

—¡Por Dios, hermano, que sois muy necio!... Veis que el ciervo pesa más que el borrico y la leña, ¿y queréis que lo lleve a cuestras? Mejor haréis vos, que sois mozo y recio, tomarlos a entrambos a cuestras, y caminar con ellos.

Gustó el Emperador del labrador, y trabó pláticas con él, esperando alguno que le llevase el venado; preguntóle qué años había y cuántos reyes había conocido. El villano le dijo:

—Soy muy viejo; que cinco reyes he conocido. Conocí al rey don Juan el segundo siendo ya mozuelo de barba, y a su hijo don Enrique, y al rey don Fernando, y al rey don Felipe, y a este Carlos que agora tenemos.

Díjole el Emperador:

—Padre, decidme por vuestra vida; de esos ¿cuál fue el mejor? ¿Y cuál el más ruin?

Respondió el viejo:

—Del mejor, por Dios que hay poca duda, que el rey don Fernando fue el mejor que ha habido en España, que con razón le llamaron el Católico. Y

17. Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967, II, p. 132.

quién es el más ruin, no digo más, sino a la mi fe, harto ruin es este que tenemos, y harto inquietos nos trae, y él lo anda, yéndose unas veces a Italia, y otras a Alemania, y otras a Flandres, dejando su mujer y hijos, y llevando todo el dinero de España, y con llevar lo que montan sus rentas, y los grandes tesoros que le vienen de las Indias, que bastarían para conquistar mil mundos, no se contenta, sino que echa nuevos pechos y tributos a los pobres labradores, que los tiene destruidos. Pluguiera a Dios se contentara con solo ser rey de España, aunque fuera el rey más poderoso del mundo.

Viendo el Emperador que la plática salía de veras, y que no era del todo rústico el villano, con la llaneza que este príncipe tuvo, le comenzó a contar las obligaciones que tenía de defender la Cristiandad y de hacer tantas guerras contra sus enemigos, donde se hacían inmensos gastos, para los cuales no bastaban las rentas ordinarias que contribuían los reinos; y díjole más (como si él no fuera), que el Emperador era hombre que amaba mucho su mujer y hijos, y también la gloria de estar con ellos, si no le compelieran las necesidades comunes.

Y estando en esto, llegaron muchos de los suyos que venían en su busca, y como el labrador vio la reverencia que todos le hacían, dijo al Emperador:

—Aun si fuédeses vos el rey; par Dios que si lo supiera, que muchas más cosas os dijera.

Riéndose el Emperador, le agradeció los avisos que le había dado, y le rogó que se satisficiera con las razones que en su descargo le había dado de sus idas y gastos. Hízole las mercedes que el labrador le pidió para sí y para casar una hija que tenía, aunque fue bien corto en pedirle.¹⁸

La narración presentada como sucedida en 1538 al emperador Carlos I, la del rey o aristócrata que se pierde durante una partida de caza y se topa en las profundidades del bosque, lejos de las vanidades de la corte y aun de la civilización, con algún súbdito humilde que, desconocedor de quien está enfrente de él, le canta ciertas ácidas verdades, se halla modelada sobre una estructura argumental que ha sido muy común —tanto que tendremos que profundizar en ella en alguna ocasión futura, no en esta— en relatos de tiempos y lugares que van desde la antigüedad hasta el folclore de hoy, y en muchísimas tradiciones, países y lenguas.

Un modelo narrativo que remonta, en última instancia, a relatos mitológicos como el del Odiseo que se aleja de la civilización para escuchar el canto que destilaba conocimiento y verdad de las sirenas, o el del Diógenes salvaje cuya opinión ácida y destemplada acudían a conocer a su retiro apartado los grandes de la tierra, empezando por Alejandro Magno. Y que tuvo muchísimas ramificaciones más. Entre ellas, en España, las que se asociaban a relatos como el de Fernán González, *iluminado* en otra excursión cinegética por el bosque; o el de *El villano en su rincón* y su ciclo literario, que culmina con el crítico encuentro de rey y el villano en el apartamento rústico; o el del cuento que en 1515 fue impreso con el título de *Cómo un rústico labrador engañó a unos mercaderes*¹⁹ (es versión del relato que tiene el número 1538 en el catálogo de cuentos univer-

18. Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, Alicante, Universidad, 2003. Edición electrónica en CORDE.

19. Véase Nieves Baranda, «Noticias sobre el primer cuento impreso en la literatura española: *Cómo un rústico labrador engañó a unos mercaderes* (c. 1515)», *Literatura Hispánica. Reyes Católicos y Descubrimiento*, Barcelona, PPU, 1989, pp. 210-219.

sales de Aarne-Thompson-Uther),²⁰ protagonizado por un patán con el que se topan, en un descampado rústico, unos urbanitas desaprensivos que pretenden timarlo, pero que acaban siendo burlados por él, que por algo es quien domina los códigos del rural lugar de encuentro.

Da gusto escuchar en el relato atribuido por Sandoval a Carlos I, en cualquier caso, la voz de un campesino con dos dedos de frente que anuncia en cuatro frases muy bien dichas al Emperador la ruina que estaba buscando a España con su disparatado delirio imperial, igual que causa pena conocer la respuesta arrogante, insensible e inconsciente de un Emperador que, tal y como le fue anunciado por el labrador clarividente, a sus súbditos «los tiene destruidos» y a los descendientes de sus súbditos les estaba labrando una destrucción aún mayor, que perduraría durante siglos.

El análisis del crudo relato atribuido a Carlos I por Sandoval sería digno de llenar las páginas de una densa monografía, y no solo literaria, sino también histórica y política. Pero como no es este el espacio más adecuado para ello, me limitaré a señalar aquí el acuerdo de las palabras del rústico aquel con aquellas otras, tan amargas, de las *Cartas marruecas* (1789) de Cadalso, acerca de «la casa de Austria, la cual gastó los tesoros, talentos y sangre de los españoles por las continuas guerras...».²¹ Y a reproducir, a continuación, unas glosas que a la leyenda de *La caza de Carlos I* publicó en 1818 el erudito antiabsolutista Francisco Martínez Marina, quien muy pocos años después sería duramente represaliado, por cierto, por Fernando VII. Su lectura viene especialmente a propósito en este punto porque nos muestra la cara opuesta —la democrática— de la soflama que publicaría muy poco después, en 1823, el periódico *El restaurador* para reclamar al rey mano dura contra todo lo que se moviese a su alrededor:

No mejoró de condición el gobierno y suerte de España con la venida de Carlos, porque entregado a los ministros flamencos y regido por su voluntad, continuaron los mismos excesos. El insigne cardenal Giménez a quienes los áulicos temían por su integridad y carácter inflexible, fue víctima de la política ministerial. ¡Cuántos descubrimientos y amargos disgustos no probaron los representantes de la nación en las Cortes de Valladolid en 1518! ¡Qué extorsiones y violencias en las de La Coruña! El príncipe, que en estos días de su advenimiento al trono, parece que debiera señalarlos con beneficios, dar mayores muestras de generosidad y de amor a la justicia y al bien público que en otra ocasión alguna, y respetar la religión del juramento con que se había obligado a observar las leyes y costumbres patrias, se negó a las justas peticiones que los procuradores en estas Cortes le hicieron. Hablando de ellas Sandoval, lib. 5, § 27, dice: «Estas y otras muchas cosas pidieron todos los señores y procuradores del reino; pero cayeron en manos de extranjeros, y el Rey mozo, y con cuidados de su camino e imperio, así se quedaron. Y por no hacer caso de ellas y otras semejantes que se pedían con muy buen celo, reventó el reino, y dando en un inconveniente, se despeñó en mucho, como es tan ordinario.» Y en el § 3: «Fue muy mal aconsejado el Emperador en no hacer lo que en las Cortes le suplicaron de que dejase por gobernador de estos reinos a un grande natural de ellos».

20. Hans-Jörg Uther, *The types of International Folktales. A Classification and Bibliography, Based on the System of Antti Aarne and Stith Thompson*, Helsinki, Suomalainen Tiedeakatemia-Academia Scientiarum Fennica, 2004, núm. 1538.

21. José Cadalso, *Cartas marruecas. Noches lúgubres*, ed. Joaquín Arce, Madrid, Cátedra, 1996, p. 89.

Sería necesario un grueso volumen para continuar la crítica del dilatado Gobierno de Carlos. Nos ceñiremos a este pequeño cuadro trazado por el autor del *Compendio de la Historia de España*: «El reinado de Carlos fue más ruidoso en el mundo, el de Fernando más aprovechado: Fernando conquistó y conservó todo: Carlos, de todas las conquistas que hizo en Europa, solo conservó el Milanes, siendo así que no fue esta la más legítima de todas. Aspiraba sin rebozo a la monarquía universal y fue hartado dichoso en no haber perdido la suya. Las primeras guerras fueron precisas y la necesidad le empeñó en ellas: las otras fueron voluntarias y se metió en ellas por ambición o por capricho... Las continuas guerras de Carlos habían agotado sus tesoros y tenían oprimidos a los pueblos con nuevas contribuciones... Con el motivo de tantas conquistas fuera de Europa se excita una cuestión curiosa, si son útiles o perniciosas a España. La decisión puede arreglarse por el hecho, examinando si España está hoy día tan poblada, tan cultivada, tan rica, tan fuerte como lo estaba en tiempo de Fernando el V o Fernando el III... Y hablando de Felipe III: »Conoció que los laureles de su padre y de su abuelo habían costado a la monarquía mucho dinero y mucha sangre, sangre que salía del corazón sin el consuelo de que circulase, y con la seguridad de no restituirse a él jamás. Nunca estuvo la monarquía más dilatada ni menos poderosa; no hubo rey más opulento en minas de oro y plata, ni más pobre de dinero: las minas riquísimas y el erario exhausto.

D. Fr. Prudencio de Sandoval refiere en el lib. 24, §. 10 una curiosa anécdota, en que por ventura intentó representar el carácter de Carlos y darnos la verdadera idea de su reinado... Es un corto diálogo entre el Emperador y un pobre y venerable anciano, con el cual había trabado conversación cazando en el término del Pardo. Preguntóle qué años había, y cuantos reyes había conocido...²²

Al margen de la densísima carga ideológica que subyace en el relato del encuentro del emperador Carlos I con el campesino que le cantó las verdades, hay un motivo narrativo inserto en su trama (además del de la caza del rey en el bosque y la *iluminación* que recibe en tal lugar) que tiene estrecha relación con la leyenda de Enrique III que estamos analizando: la pregunta que hace el rey a su súbdito acerca de cuántos reyes conoció, y la respuesta del súbdito:

Preguntóle qué años había y cuántos reyes había conocido. El villano le dijo: —Soy muy viejo; que cinco reyes he conocido. Conocí al rey don Juan el segundo siendo ya mozuelo de barba, y a su hijo don Enrique, y al rey don Fernando, y al rey don Felipe, y a este Carlos que agora tenemos.

Las analogías con la leyenda de Enrique III cerca están de ser literales:

E mandó asentar a los caballeros: e dixo al arzobispo de Toledo, que de cuántos reyes se acordaba: y él respondió, que se acordaba del rey don Pedro, y del rey don Enrique, y del rey don Juan su padre, y dél, que eran quatro reyes. E ansi desta manera preguntó a todos los otros cada uno por sí, que de cuántos reyes se acordaba en Castilla: e dixo el que de más se acordaba, que de cinco reyes.

Conviene señalar que el motivo del rey que pregunta a sus súbditos, con el fin de ponerlos a prueba, de cuántos reyes se acuerdan, ha tenido una fortuna literaria muy

22. Francisco Martínez Marina, *Defensa contra las censuras a sus dos obras*, ed. José Martínez Cardos, Alicante, Universidad, 2003. Edición electrónica en CORDE (www.rae.es).

singular. Puede que en ello tenga algo que ver el hecho de que haya sido costumbre, durante siglos, *medir* la vida humana, y por tanto también la proximidad de la muerte, de acuerdo con el elenco de los reyes que alguien hubiera visto pasar. Una inscripción sobre la tumba de «Pero Afán de Rivera, muerto en 1423, a los ciento y cinco años de edad, decía que dedicó su vida al servicio de Dios y de cinco reyes»;²³ una noticia que daba el periódico *El Clamor público* del 6 de mayo de 1845 (p. 4) anunciaba que «en las cercanías de Fonte-Mile-Water (Inglaterra) acaba de morir un tal Sweeny, a la edad de 129 años. Nació en el segundo año del reinado de Jorge I, de modo que se acordaba de cinco reyes»; y una información de *El Eco del Comercio* del 27 de junio de 1847 (p. 4) explicaba que «en las monjas de Góngora existe hoy una procedente del convento de la Encarnación, y sub-priora de él, que fue de las primeras colegialas que entraron en las Salesas reales cuando se fundó este establecimiento en la época de Fernando 6°. Ha conocido el reinado de cinco reyes, y aun cuando impedida, conserva su razón en el mejor estado».

Son ejemplos dispersos pero reveladores de que el *medir* la vida de alguien de acuerdo con los reyes que hubiera conocido ha sido tradición asentada durante siglos, y de que cuantos más reyes se hubiera conocido, más cerca se estaba, lógicamente, de la muerte. En un contexto tal, el que el rey don Enrique III preguntase sañudamente a los señores cuyo castigo tramaba a cuántos reyes habían conocido no podía dejar de tener cierto sesgo amenazante, que no escaparía a la perspicacia ni de los nobles interrogados ni de los receptores de la leyenda, y que contribuiría a que aquel episodio justamente, adornado de ese ingrediente inquietantemente agorero, acabase siendo, al correr de los siglos, uno de los que de manera más intensa y persistente fue recordado de la leyenda de don Enrique el Doliente.

Más sobre la confluencia de Ramiro y de Wamba y de oralidades y escrituras

La localización de sendas reescrituras de las leyendas de *La campana de Huesca* y de *La cena de Enrique III* adaptadas al marco político contemporáneo en un libelo de 1823 tiene no poco significado dentro del panorama de la literatura española del XIX, especialmente de aquella, que fue mucha, que buscaba inspiración y legitimación en la tradición legendaria medieval. El supuesto diálogo de rústicos anotado por El Fechero y enviado a la redacción del periódico *El restaurador* en plena apoteosis del fernandismo se erige, de hecho, en hito no precursor pero sí temprano del anecdotario relativo al rey castellano que asomaría después en la novela *El doncel de don Enrique el Doliente* (1834) de Mariano José de Larra. O del referido a Ramiro II de Aragón que daría lugar al drama *El rey monje* (1837) de Antonio García Gutiérrez y a las novelas *Obispo, casado y rey. Crónicas de Aragón* (1850) de Manuel Fernández y González y *La campana de Huesca (crónica del siglo XII)* (1852) de Antonio Cánovas del Castillo. De la leyenda de *La campana de Huesca* emanarían también dramas menores de Eduardo Maroto (1851), Joaquín Tomeo y Benedicto (1862) y Ángel Guimerá (1890), y ya en el siglo XX, la zarzuela *La campana de Huesca* (1912) y la reescritura magistral del cuento que lleva el título de *La campana de Huesca* en *Los usurpadores* (1949) de Francisco Ayala. Obras todas que destilaban ideología a favor o en contra del poder absoluto del rey, apolo-

23. Carl Justi, *Velázquez y su siglo*, trad. Jesús Espino Nuño, Madrid, Istmo, 1999, p. 53.

géticas del autoritarismo extremo o del parlamentarismo, reflejadoras de lo que fue el conflicto político entre reaccionarios y demócratas que partió en dos, bajo banderas y etiquetas diversas, todo el siglo XIX español, y también una buena parte del XX.²⁴ Por cierto, que la contigüidad de los cuentos acerca de Enrique III y Ramiro II en la colección de Francisco Ayala es una confirmación más de la estrecha vinculación narrativa y sobre todo ideológica que hay entre las biografías y las proyecciones políticas de las leyendas de ambos reyes.

Dentro del libelo publicado por *El restaurador* en 1823 llama la atención que asegurase el rústico Juachín que él había «uído ecir» y que «uí contar como estoria de nuestros antipasados», cual si fuese cuento tradicional o de viejas, la historia de *La campana del rey Wamba*. También sobre la historia del rey perdido durante su partida de caza había acotado Juachín que «en una leyenda uí ecir...». Tanta acotación de tipo pragmático y tanta remisión a fuentes pretendidamente orales y tradicionales nos obliga a preguntarnos de nuevo sobre los modelos que habría realmente manejado el autor del libelo absolutista de 1823.

Orales, proclamaban sus rústicos hablantes en su dialecto fingidamente vulgar, que se las daban de contrarios hasta de los libros porque los asociaban a sus aborrecidas clases dirigentes, y que pretendían no saber el nombre del rey castellano (Enrique III) cuya anécdota sí eran capaces de sacar a colación y de resumir, aunque de manera no demasiado sofisticada.

A medio camino entre las orales y las escritas, intuimos en cambio nosotros, ya que tras el panfleto fernandino puesto en boca de los dos patanes se adivina un escritor de cierta cultura literaria y de registros estilísticos suficientes, familiarizado quizá no mucho (a no ser que disimulase muy bien) con las crónicas y cricones históricos que andarían en circulación entre las clases más instruidas, pero sí al menos con las enciclopedias y misceláneas que extractarían y propagarían, con ánimo divulgativo o escolar, relatos ejemplares del tipo de los de Ramiro II y Enrique III. Igual que se adivinan también, en la carta de El Fechero, estrategias de presentación, síntesis y adaptación (y no solo en la sustitución del más *historicista* rey Ramiro por el más *folclórico* rey Wamba) que apuntan hacia algún tipo de circulación oral anterior, lindante quizás en algunos puntos no del todo con el folclore libre y legítimo pero sí con la conseja patriótica o con el sermón pedagógico transmitidos de viva voz.

El caso es que muchos años después, en 1880, cuando estaban ya muy apagados los rescoldos de las guerras fernandinas, un periódico catalán, *La Il·lustració catalana*, daba una noticia, dentro de un reportaje escrito desde Roma por Enrich Serra, profesor o pensionado catalán en la Academia de Bellas Artes de aquella ciudad, que no puede menos que llamar nuestra atención:

Casado, lo nostre director de l' Academia de Bellas Arts, ab son quadro qu'está finint *La campana del rey Wamba*, del que n' hi daré noticias tant bon

24. Sobre las reescrituras de *La campana de Huesca* en la literatura decimonónica española, véanse María del Pilar Rábade Obradó, «La Edad Media de Cánovas del Castillo: a propósito de la novela histórica: *La Campana de Huesca*», *Cánovas y su época*, coord. Luis Eugenio Togores Sánchez, Alfonso Bullón de Mendoza Gómez de Valugera, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1999, I, pp. 271-290; y Borja Rodríguez Gutiérrez, «Una novela política: *La campana de Huesca*, de Antonio Cánovas del Castillo», *A zaga de tu huella: homenaje al prof. Cristóbal Cuevas*, coord. Salvador Montesa Peydró, Málaga, Asociación para el Estudio, Difusión e Investigación de la Lengua y Literatura Españolas, 2005, I, pp. 621-634.

punt lo acabi, está creant una verdadera obra d' art, obra que porta impresa 'l sello del geni y en la que fan parellas lo bon gust en la distribució de las figuras y lo rellu y brillantor de son color.²⁵

El Casado aludido en el reportaje era, por supuesto, el gran pintor José Casado del Alisal, director entonces de la Academia española en Roma. Y el cuadro mencionado era el que pasó a titularse oficialmente, cuando estuvo terminado, *La leyenda del rey monje* o *La campana de Huesca*. Por cierto, que el hecho de que no recibiese premio ninguno en la Exposición Nacional de 1881 hizo que el pintor renunciase a su cargo de director de la institución.

El caso es que el lapsus del corresponsal catalán que puso el título provisional de *La campana del rey Wamba* al cuadro que su jefe andaba todavía rematando (quizá fuera lapsus también del pintor, antes de dar por terminada y por bautizada oficialmente su obra) resulta más que significativo, porque sugiere que a finales del XIX, igual que en los inicios de aquel siglo, la etiqueta a todas luces espuria y muy anacrónica de *La campana del rey Wamba* debía seguir conviviendo, y seguramente aventajando en el territorio de lo popular, o en el imaginario y el lenguaje coloquiales, a la etiqueta, posiblemente más académica y formal, más escrupulosamente *historicista* (aunque en el fondo no lo fuera), de *La campana de Huesca*.



25. *La Ilustració catalana*, I, 30 de septiembre de 1880, p. 72.

La canción republicana de *La campana del rey Wamba*

Un dato más que corrobora el carácter popular, coloquial, lindante con lo folclórico, de la etiqueta *La campana del rey Wamba*, que tan poco grata debía ser a los historiógrafos más quisquillosos, nos llega desde el lado de la que fue una canción de protesta republicana, furiosamente antiesparterista, que se hizo inmensamente popular justo con aquel título vulgar.

Fue escrita por el político y escritor Antoni Ribot i Fontseré en el filo de la década de 1840, y publicada, cuando ya se había divulgado mucho, en su muy ácido e irreverente *Romancero del Conde-duque o la nueva regencia* (el *Conde-duque* del título era referencia maliciosa al regente Espartero, que llevaba entre muchos otros títulos los de duque de la Victoria y conde de Luchana), que vio la luz oficialmente y en un solo volumen en Barcelona en 1842.²⁶ Aunque parece que en poemas sueltos publicados en la prensa izquierdista, en folletos e incluso en alguna edición informal y en manuscritos copiados a mano, y por supuesto también en la voz del pueblo, habían circulado todas o muchas de sus composiciones desde 1840.

La canción, a la que vamos a prestar alguna atención porque resulta paradigmática de cómo pueden nacer, popularizarse y ser olvidados unos versos musicados en un plazo breve pero intenso de tiempo, el de los tres o cuatro años en que la resistencia contra Espartero fue más intensa, se convirtió en himno emblemático de la revuelta y fue cantada por doquier, pese a la histórica proscripción que sufrió en Cataluña y en toda España. He aquí su letra, tal y como fue reproducida (normalizo ligeramente su puntuación y acentuación) por el diario *El Constitucional* del 7 de agosto de 1841 (p. 1):

La campana del rey Vamba.
Letrilla.

¿Volveremos a caer?
No, ¡caramba!,
que nos harían hacer
la campana del rey Vamba.

Liberales, que [...]
cerca del occipital,
un gazzate que queréis
ver libre de todo mal;
esta famosa protesta
de la Muñoz o Cristina
¿sabéis lo que manifiesta?
Que quiere más sarracina,
y que si logra volver,
¡ay, caramba!,
a todos nos hará hacer
¡la campana del rey Vamba!

Ved que los serviles todos
obran debajo de manga,

26. Véase al respecto Luis F. Díaz Larios, «El romancero del conde-Duque, de Ribot y Fontseré, entre la sátira política y el episodio nacional», *Anuario de Filología*, 2 (1976), pp. 321-347; y Díaz Larios, «Notas sobre Antonio Ribot y Fontseré», *Anales de Literatura Española*, 20 (2008), pp. 119-137.

y trabajan de mil modos
para armar la mojiganga.
Pero rayan muy despacio
y no sean monigotes,
que la plaza de palacio
aún tiene olor a garrotes
y el libre no ha de perder,
no, ¡caramba!
primero morir que hacer
la campana del rey Vamba.

El rey fortificador
y la ex-regente barruntan
cómo ahorcamos mejor.
Dios los cría, ellos se juntan.
¿Y no sabéis, exaltados,
que haríamos mala facha
por un capricho ahorcados,
por una treta gabacha?
Esto no ha de suceder,
que, ¡caramba!,
no nacimos para hacer
la campana del rey Vamba.

Mucho Felipe trabaja,
mucho Gregorio y el Fori,
para hacernos la mortaja
y cantar el gorigori.
Diz que nos hacen mala obra
y que conspiran en masa.
Trabajo tienen de sobra
si han de cuidar de su casa,
pero es fuerza cautos ser
que, ¡caramba!,
quisieran vernos hacer
la campana del rey Vamba.

Porque hay gente en todas partes
que está cansada y ahíta
de las tramas y las artes
de diplomacia maldita.
Y un día el pueblo dará
un grito de tal fiereza
que en pos de él no quedará
un malvado con cabeza.
Esto será y ha de ser,
que, ¡caramba!,
¡más vale matar que hacer
la campana del rey Vamba!

No pocos buscan de gana
al conde-duque un trabajo;

si se forma la campana
 quieren que él sea el badajo.
 Ellos obran cual la zorra,
 su proceder es villano...
 Duque, si han de armar camorra,
 gánales tú por la mano.
 Pon en juego tu poder,
 o, ¡caramba!,
 mira que te harán hacer
 la campana del rey Vamba.

Verás esa gente fiera
 qué bien adorna la horca;
 vendrá del Heraldo Cabrera,
 vendrá Tación de Mallorca,
 vendrá Meer, vendrá Castro
 del pueblo exprimiendo el jugo,
 y pagarán un catastro
 de gaznates al verdugo.
 Lléveselos Lucifer,
 que, ¡caramba!,
 horrible cosa es hacer
 la campana del rey Vamba.

Pero antes que esto suceda,
 escucha, bando cangrejo,
 pues que si el juego se enreda
 peligra vuestro pellejo.
 Con el amor a la vida
 nuestro juicio se asesora,
 y nos dicta una medida
 que observamos desde ahora.
 Antes que vuelva a caer,
 el exaltado, ¡caramba!,
 ¡cuánta sangre ha de correr!
 Con cangrejos ha de hacer
 la campana del rey Vamba.

Los versos de esta canción fueron tan extremadamente populares que su propio autor publicó, dentro del mismo *Romancero del Conde-duque* y en *El Constitucional* del 11 de agosto de 1841 (pp. 1-2) otro poema que es, en algunas de sus estrofas (las que reproducimos), glosa de *La campana del rey Vamba*:

Letrilla.
 Al guardia nacional, para neutralizar el mal efecto que le produjo *La campana del rey*.

¡Cometí grande imprudencia
 con mi copla...!
 ¿Te amostaza? Ten paciencia...
 ¿Quema? Sopla.

Cuando estaba componiendo
 la campana del rey Vamba,
 estaba a solas diciendo:
 qué color de gutabamba
 pondrás, Guardia Nacional,
 al leer esta letrilla:
 ¡qué cólico tan fatal
 he de dar a tu pandilla!

 Di que eso de la campana
 es una cosa remota,
 que el miedo quita la gana,
 que el miedo escita la gota.
 que no teman, que aunque hicieron
 a los liberales antes
 tanto mal como pudieron,
 somos todos... tolerantes.
 ¡Cometí grande imprudencia!

 Siempre creen que peligran
 sus pescuezos, que los cortan,
 y los varones emigran,
 y las mujeres abortan.
 Se escurren tan azorados
 que todo les causa estorbo;
 temen a los exaltados
 aún más que al cólera morbo.

 Y tú, Nacional, conspira,
 rabia, chilla, haz lo que gustes;
 órgano de la mentira,
 nadie cree tus embustes.
 Nunca más ha de caer
 el liberal, no, ¡caramba!,
 que primero le hará hacer
 la campana del rey Vamba.
 y si te ofende mi copla,
 y la libertad te ensaña,
 vamos, ten paciencia y sopla,
 y si estás mal en España,
 márchate a Constantinopla.

Dentro del mismo *Romancero del Conde-duque*, y en las páginas de *El Constitucional* del 8 de septiembre de 1841 (p. 1), vio la luz otra *Letrilla*, esta sin título, que empezaba así:

—Mis coplas lo amedrentan,
 le dan temblores.
 —No importa, ellas aumentan
 los suscriptores

y terminaba de este modo:

O Nacional, ya lo ves,
 no escribo para matarte,
 pero *esige* mi interés
 con letrillas machacarte.
 Que me contestes o no,
 ya lo tengo bien resuelto;
 pues mi musa te pilló,
 nunca más le has de ver suelto.
 Y hasta que vea, ¡caramba!,
 que formas con tu pandilla
La campana del rey Wamba,
 una continua letrilla
 te quemará, lo juro,
 y te dará convulsiones,
 y de este modo aseguro
 aumento de suscripciones.

Una letrilla más, publicada en el mismo *Romancero* y también en *El Constitucional* del 11 de septiembre de 1841 (p. 1), empezaba así:

Nosotros gran flema,
 borrajas y malvas,
 ¡y el servil no quema
 la pólvora en salvas!

Y terminaba con estos versos tan desafiantes como machacones:

Que de nuestra posición
 nunca más nos desaloje,
 que ellos tienen la intención
 de demostrar cuántos *cojen*
 en la horca de nosotros...
 Y esto no ha de ser, ¡caramba!,
 que no somos ya tan potros.
 La campana del rey Wamba,
 campana del Wamba rey,
 del rey Wamba la campana,
 si no es hoy será mañana
 nuestra indispensable ley,
 pues se acabará la flema,
 las borrajas y las malvas,
 y no siempre el pueblo quema.

La Campana del rey Wamba anduvo metida, muchas veces como mecha detonadora, en todo tipo de grescas políticas y de disturbios callejeros en los primeros años de aquella ajetreada década de 1840. Esta noticia la daba *El Católico* del 18 de octubre de 1841 (p. 142):

En la noche del mismo día hubo un desorden de gravedad en la plaza de la Constitución de *Barcelona*. Estaba en ella de retén el tercer batallón de la Milicia nacional, del que fue comandante D. Abdón Terradas. Parece que algunos individuos estaban cantando la «campana del rey Wamba» (vísperas sicilianas contra los moderados), y dando vivas a la república: reprendidos por algún

oficial no le hicieron caso, y reconvenidos por el *gefe* le amenazaron con sus armas; pero habiendo acudido un alcalde constitucional los hizo retirar a sus casas dejando solo de retén la compañía de granaderos.

En la trinchera de enfrente, *El Constitucional* del 6 de marzo de 1842 (p. 3) criticaba, con algo de sorna, la inquina que los intransigentes manifestaban hacia la canción:

Ocúpase igualmente el Castellano de la letrilla del *Romancero del conde-duque* donde suena *La campana del rey Wamba*. Y en una nota para llamar más la atención de los lectores dice que eso de la campana del rey Wamba quiere decir ahorcar a todos los moderados en los balcones de sus propias casas, rasgo de erudición que ha sacado de unas cuantas bestialidades escritas por uno de sus corresponsales barceloneses a quien el miedo tiene fuera de sus casillas.

La aparición de esta letrilla es un signo de matanza para el Castellano, y a poder aplicar al autor una pena, lo mandaría a un presidio, cuando no al cadalso.

Riámonos, compatriotas, a carcajada tendida de las aprensiones reales o ficticias de nuestro colega madrileño, y sigamos en nuestro propósito de no dejar medrar la trama de los carlistas y retrógrados.

Para poder interpretar y contextualizar mejor los documentos que aún nos falta conocer en torno a la canción republicana de *La campana del rey Wamba* será conveniente atender a esta explicación:

El republicanismo barcelonés enlaza con el antecedente francés en el recurso a la canción. Hemos visto que el proyecto republicano se acompaña de la *Canción de la Campana*, a la que pondrá música José Anselmo Clavé. Cuando cobra forma la agitación antiesparterista, en la primavera de 1842, las canciones políticas proliferan. Alguna de ellas, de inspiración directa en el repertorio francés, como la «farandola», sigue de cerca la intención y la música de la *Carmagnole*: «Bailarem la farandola / a pesar de l'Esparté». Canciones y letrillas evocan, unas veces en catalán y otras en castellano, el necesario fin de la monarquía, los males del gobierno de Espartero y el próximo triunfo de la República («república volem, república tindrem»). Las hay de autor culto, como el escritor demócrata Antoni Ribot i Fontseré, quien escribe una de las más celebradas, *La campana de rey Wamba* (ya antes alcanzó fama su *Romancero del conde-duque*, en 1840), y otras fruto de la inventiva popular (como aquella que decía: «Mori l'Espartero / que 'ns ha ben futut, / volia ser Batlle y es rey absolut»). Canción popular, reivindicación política y sentido de la fiesta convergen en la insurrección de la Jamancia, una vez liberado el republicanismo de la alianza con los moderados: «Minyons, alsem lo porró. / Viva la bulla y la dansa. / Y digueu, que viva sempre / l' Ygualtat y la Jamancia».²⁷

Con estos antecedentes, sí que podremos interpretar mejor las claves de esta información que apareció en el diario madrileño *El Católico* el 3 de mayo de 1842 (p. 263), referidas a los disturbios de días atrás en Barcelona. Casi etnográficos, por cierto, los detalles referidos a las canciones que allí se cantaron:

Desde ayer por la mañana circularon rumores de que por la noche se turbaría el orden en el teatro, y estos rumores, que habiendo llegado a los oídos

27. Antonio Elorza, «El tema de Francia en el primer republicanismo español», *L'image de la France en Espagne, 1808-1850 / La imagen de Francia en España, 1808-1850*, eds. Jean René Aymes y Javier Fernández Sebastián, Bilbao: Universidad País Vasco, 1997, II, pp. 107-125, p. 116.

de todos no pudieron menos de llegar a los de la autoridad, no sirvieron para que se tomase la menor precaución a fin de evitar el escándalo e impedir que se mancillase con un nuevo desorden el nombre de Barcelona.

Afortunadamente el desmán no pasó de palabras, pero estas fueron de una gravedad suma; gritóse: «abajo la ley de ayuntamientos, abajo el ministerio y abajo el Regente»; a altas voces se entonaron canciones republicanas, y entre otras se oyó en el salón de Santa Cruz una estrofa, que si mal no recuerdo, decía:

No quiere el pueblo otra gloria
ni desea otro laurel
que echar de España a Isabel
y al Bruto de la Victoria.

Y otra estrofa decía:

Mori l'Espartero,
que n's ha ben fut,
volia ser baille
y es rey absolut.

También se oyó el estribillo de

Ballarem la farandola
a pesar del Esparté.

Cantóse también *La campana del rey Wamba* y otras lindezas por el estilo.

Cuando la orquesta empezaba la sinfonía que daba principio a la función, pidió el pueblo el himno de Riego, oyéndose entre las voces imperiosas que se dirigieron a la orquesta la de «dentro de dos meses tocareis lo que mandaremos», y la orquesta obedeció, y la autoridad que presidía presidió.

Cada día van aumentando los murmullos de que antes de dos meses habrá un pronunciamiento, republicano según unos, y constitucional del año 12, según otros.

Prolijo, indignado y extraordinariamente interesante desde el punto de vista sociológico es el alegato contra la canción de *La campana del rey Wamba* que publicó *El Eco del Comercio* el 3 de julio de 1842 (p. 3). Disección fascinante no solo del enfrentamiento que estaba abierto entre el poder y el pueblo, sino, sobre todo, de las tensiones y contradicciones internas que agrietaban los cimientos mismos de una monarquía que acabaría, con el tiempo, viniéndose abajo:

Sigue llamando mucho la atención pública en Barcelona el ruidoso negocio de la causa que se ha mandado formar al señor Collantes, juez de primera instancia de aquella ciudad, por haber puesto en libertad a tres jóvenes de cascos calientes que se entretuvieron entonando por las calles la célebre canción republicana de *La campana del rey Wamba*.

Este asunto es en efecto digno de la consideración general; y aunque no tenemos todos los datos que quisiéramos para emitir una opinión decisiva con presunciones del acierto, expondremos ligeramente algunas ideas que nos ocurren sobre el particular.

Principiamos por condenar del modo más terminante y *explicito* el delito de cantar en voz alta y en públicos lugares una canción que contiene atroces y subversivas proposiciones contra la forma de gobierno existente y contra la persona que ocupa el eminente puesto de jefe del estado, al cual ha subido legalmente por el voto de la representación nacional, dado conforme a lo que la constitución previene. Y tanto más grave consideramos el delito, cuanto la tal canción subversiva se ha hecho ya famosa por notables ocurrencias.

Si tales cánticos se tolerasen por las autoridades civiles, si sobre ellos no emplearan los procedimientos y el rigor de la ley las judiciales, no podrían los hombres amantes de la libertad impedir que iguales himnos fueran entonados en favor del absolutismo, y nosotros quisiéramos preguntar a ciertos alucinados liberales de Barcelona lo que harían si se presentasen algunos en la Rambla cantando aplausos a Felip y a don Carlos, y mueras a la reina Isabel, a la libertad y al regente.

Creyendo, pues, que los cantores en cuestión cometieron un *exceso* punible, aprobamos la conducta de los alcaldes de Barcelona que los aprehendieron y entregaron a los tribunales.

En tal estado el señor juez Collantes vio el estado de las diligencias, y consideró que no era grave delito el de aquellos jóvenes, en favor de los cuales dictó el auto de libertad que tanto ruido ha hecho. Para esto se fundó, entre otras cosas, en la razón de que de las diligencias no resultaba que los aprehendidos hubieran cantado la parte del himno en que directamente se ataca la persona del jefe del estado, y en que el mero cantar tales o cuales cosas no es delito de cierta clase.

La primera de estas razones no deja de ser atendible; sin embargo de que el entonar una parte de tan *extraña* canción es por lo menos en el sumario un indicio de que se cantó lo restante de ella.

Lo de que el cantar en público ciertas cosas no es delito de cierta gravedad es más discutible para nosotros.

Pero de todos modos, el juez pensó así, dio el auto que tuvo por *justo*, y siguió procediendo en la instrucción de la sumaria.

El alcalde aprensor de los mozos cantores tuvo esto a desaire de su autoridad y presentó incontinentemente la denuncia de su alcaldía. Primer paso considerado que no puede aprobarse, ya porque no hay derecho a renunciar los cargos municipales, que son obligatorios, ya porque lo judicial nada tiene que ver con lo político y gubernativo. Si el alcalde creía injusta la providencia del juez, pudo mostrarse parte y reclamar de ella por acción popular, si tal consideraba el caso; y si no, debió dejar correr el auto esperando la decisión del tribunal superior competente.

[...] Infiérese de todo que se ha dado una campanada en este negocio de la *campana*, que se han desatendido ciertos principios respetables, y que tal vez el resultado será por estos antecedentes menos favorables de lo que debiera ser a la causa de la justicia y de las Instituciones vigentes.

Veremos el fin de este notable asunto, que no puede tardar en presentarse; y entre tanto diremos que los escándalos de las canciones subversivas y otros de Barcelona, en gran parte proceden de la tolerancia repetida sobre hechos de igual naturaleza; y que mientras en aquella capital no se ponga el *gefe* político más prudente y entendido que haya en España, separando al que por sus antecedentes y por su actual conducta ha perdido allí todo el prestigio que se necesita para gobernar semejante pueblo, no dejarán de reproducirse atentados que afectan la existencia de las instituciones, ni cesará la sediciosa

música de los cánticos escandalosos y criminales, ni habrá para los pacíficos habitantes barceloneses la seguridad necesaria de que se conservará el Orden público de que más que otro alguno ha menester aquel pueblo industrioso y atendible.

Las advertencias de la prensa intransigente y de quienes manejaban sus hilos contra la canción de *La campana del rey Wamba* y contra el credo republicano que la respaldaba pasaron de las palabras a los hechos cuando el 3 de diciembre de 1842 fue bombardeada Barcelona (que se había alzado en armas el mes anterior) por las tropas esparteristas. Se le acabó la paciencia al general-conde-duque y mandó todo un ejército a aplastar una canción y lo que venía detrás de ella. Contra todo pronóstico, acabó triunfando la canción, al menos por el momento: los desmanes de Espartero le pasaron enseguida factura, perdió el poder en 1843, fue condenado a muerte, escapó a Londres y no pudo regresar a España hasta 1849, pero ya prácticamente para envejecer en un plácido retiro provinciano, del que no quiso salir ni cuando, rodeado del aura de león viejo y sosegado, le ofrecieron ser rey a la caída de Isabel II, en 1868.

Todavía un último apunte acerca de la canción de *La campana del rey Wamba*, aunque sea solo para probar que no circuló ni fue objeto de persecución solo en Cataluña. *El Católico* del 12 de agosto de 1842 (p. 342) aportaba también esta nota breve pero llena de inquina acerca de su popularidad en tierras gallegas:

Escriben de Pontevedra que algunos de los gritadores de aquella ciudad han elevado una *esposición* al gobierno para que reponga en aquella *gefatura* política al célebre d. Juan de Falomir. Parece ser que con el *gefé* político actual no gozan de tanto desahogo los que cantan *La campana del rey Wamba* y acostumbran *victorear* a la república.

Dejemos aquí el hilo que nos ha tendido una canción que se entrometió como pocas lo habrán hecho, aunque con destello fugaz, en la historia de España. Y retengamos la enseñanza de que el que Ribot y Fontseré titulase su letrilla *La campana del rey Wamba* y no *La campana de Huesca* o *La campana del rey Ramiro* es síntoma seguro, en fin, de la complicidad que buscó —y que desde luego encontró— en la voz del pueblo. Si se suma a la que nos desvelan los textos de *La campana del rey Wamba* que ya hemos analizado de 1823 (el publicado en *El Restaurador*) y de 1880 (el publicado en *La Il·lustració catalana*), la documentación en los inicios de la década de 1840 de la canción de *La campana del rey Wamba* corrobora que tal título y la leyenda a la que remitía, con su Wamba más *folclórico* actuando como impostor del más *historicista* (pero también impostor) Ramiro, debió de estar fuertemente enraizado en el imaginario común, especialmente en el oral y coloquial, de todo el siglo XIX.

Desde el solar popular por el que andaría pululando aquella etiqueta se elevaría algunas veces hasta el registro elitista y letrado, aunque su anacronismo clamoroso actuaría de freno ante los espíritus más conocedores... Excepto cuando se propusieron, como fue el caso en 1823 y en 1840, imitar, suplantarse o buscar la sintonía con la voz poco escrupulosa para los historicismos del pueblo; o, como sucedió en 1880, cuando se trataba de dar nombre provisional a un cuadro que estaba todavía sin terminar, por más que aquel lapsus coloquial y no muy académico fuera subsanado cuando se puso nombre oficial y solemne al cuadro, y Wamba dejó paso a Ramiro.

La campana Wamba: de la catedral de Oviedo al lago de Sanabria

La *campanonimia* es un repositorio lingüístico al que muy pocos han atendido, pero que puede ser a veces tan oblicuo, misterioso y fascinante como la antroponimia o la toponimia en las que suelen quedar emboscados restos fósiles de raíces, voces o ideas cuyas etimologías resulta difícil o imposible restituir o justificar. Inmejorable y perturbadora prueba de ello es que haya campanas históricas y campanas legendarias que llevan el sugerente nombre de Wamba, sin que sepamos el porqué ni tengamos atisbos siquiera de si esa coincidencia tendrá alguna relación con las leyendas de campanas monárquicas que estamos conociendo.

La más famosa de tales campanas es sin duda la Wamba de la catedral de Oviedo, que está considerada como la más vieja en uso en España, y que gozó del privilegio de tañer en el paisaje umbrío de *La Regenta* de Clarín:

Bismarck, un pillo ilustre de Vetusta, llamado con tal apodo entre los de su clase, no se sabe por qué, empuñaba el sobado cordel atado al badajo formidable de la Wamba, la gran campana que llamaba a coro a los muy venerables canónigos, cabildo catedral de preeminentes calidades y privilegios.

Bismarck era de oficio delantero de diligencia, era de la tralla, según en Vetusta se llamaba a los de su condición; pero sus aficiones le llevaban a los campanarios; y por delegación de Celedonio, hombre de iglesia, acólito en funciones de campanero, aunque tampoco en propiedad, el ilustre diplomático de la tralla disfrutaba algunos días la honra de despertar al venerando cabildo de su beatífica siesta, convocándole a los rezos y cánticos de su peculiar incumbencia.

El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la Wamba con una seriedad de arúspice de buena fe. Cuando posaba para la hora del coro —así se decía— Bismarck sentía en sí algo de la dignidad y responsabilidad de un reloj.²⁸

Sobre la campana ovetense se han dicho muchísimas cosas, excepto la que, pese a algunas elucubraciones poco consistentes, más nos interesa a nosotros: a qué obedece su nombre de Wamba:

En esta torre se encuentra una muy venerable campana, de las más antiguas de España, conocida con el nombre de Wamba [...] Esta gran campana debe pesar aproximadamente unas tres toneladas y mide 119 cms. de diámetro y 123 cms. de alto, incluida el asa [...] Fue mandada fundir por D. Pedro Peláez Cabeza, Canónigo de esta catedral, en 1219, durante el mandato del Obispo Don Juan III de Oviedo. Se supone que, desde su fundición hasta que pasó al sitio que hoy ocupa (cuerpo tercero de la torre), haya estado colgada en la Torre Vieja durante unos trescientos años. Nada he podido averiguar, hasta ahora, acerca del motivo por el que se denomina Wamba; pero es más que probable una causa onomatopéyica y que debe escribirse Bamba; sin embargo, en el *Libro de Kalendas* de la Catedral de Oviedo —hoy en ignorado paradero— al folio 151, con fecha de la Era 1319, se leía, según nota manuscrita que llegó a mi poder: «*capitulum dedit quosdam morabitanos ad opus fabricae campanae quae vulgariter vocatur Wamba per manus magistri Roderici munionis*».²⁹

28. Clarín, *La Regenta*, ed. Gonzalo Sobejano, Madrid, Castalia, 1990, I, pp. 94-96.

29. Joaquín Manzanares Rodríguez, «Itinerario monumental de Oviedo», *Archivum*, 9 (1959), pp. 249-360, p. 305.

Como no parece que estas anotaciones sin contrastar y sobre un manuscrito perdido merezcan demasiado crédito, debemos por el momento seguir declarándonos ignorantes acerca de las razones que avalarían que el nombre de Wamba se dé a la campana de la catedral de Oviedo.

A arrojar más sombras sobre esta misteriosa cuestión viene además la leyenda, viva todavía hoy en la tradición oral de la comarca, del zamorano lago de Sanabria, de quien su mejor investigador, el folclorista y lingüista Luis L. Cortés y Vázquez, publicó esta versión en 1949:

Antiguamente, en el lugar que hoy ocupa el Lago de Sanabria —que en un principio no existía—, tenía emplazamiento Villaverde de Lucerna. Cierta día se presentó en la villa un pobre pidiendo limosna —era Jesucristo—, y en todas las casas le cerraron las puertas. Tan solo se compadecieron de él y lo atendieron unas mujeres que se hallaban cociendo pan en un horno. Pidió allí el pobre, y las mujeres le echaron un trocito de masa al horno que, tanto creció, que a duras penas pudieron sacarlo por la boca del mismo. Al ver aquello, le echaron un segundo trozo de masa, aún más chico, que aumentó mucho más de tamaño, por lo que se hizo preciso sacarlo en pedazos. Entonces diéronle el primero que salió. Cuando el pobre fue socorrido, y para castigar la falta de caridad de aquella villa, díjole a las mujeres que abandonaran el horno y se subieran para un alto, porque iba a anegar el lugar. Cuando lo hubieron hecho y abandonaron Villaverde, dijo el pobre:

Aquí finco mi estacón,
aquí salga un gargallón;
aquí finco mi espada,
aquí salga un gargallón de agua.

Tan pronto como fueron pronunciadas estas palabras, brotó impetuoso surtidor de la tierra, que en pocos momentos anegó totalmente a Villaverde de Lucerna, quedando el lago como hoy se ve. Tan solo quedó al descubierto una islita, que jamás se cubre en las crecidas y situada exactamente en el lugar que ocupó el horno en que fue socorrido el pobre. Por lo demás, el lago conservó la virtud de que todo aquel que se acercara a él en la madrugada de San Juan y se hallare en gracia de Dios oiría tocar las campanas de la sumergida Villaverde.

Ahora bien, la iglesia de Villaverde de Lucerna tenía dos campanas, que fueron anegadas por el agua. Los vecinos de los alrededores del lago quisieron sacarlas y dispusieron para ello de una pareja de novillos, a uno de los cuales le había sido ordeñada la madre, en contra de lo dispuesto por el pobre, que había dicho que solo saldrían las campanas arrastradas por dos novillos a los cuales no se les hubiera ordeñado jamás la vaca madre. Arrepentidos de haberla ordeñado, derramaron la leche por el lomo del novillo, quedando así incumplida la orden del pobre, y el novillo sin mamar. Salieron los novillos a la arada, y, furiosos por los picotazos de las moscas, se metieron en el lago. Y cuando estaban sacando las campanas prendidas en los cuernos, le decía uno al otro: «tira tú, Bragao». A lo que contestaba: «no puedo, que fui ordeñado». A esto contestaban los que lo oían: «anda que lo que te ordeñaron por el lomo abajo te lo tiraron». Finalmente uno salió con la campana en los cuernos y el otro —el que no había mamado— la sacó hasta flor de agua, pero volvió a hun-

dirse definitivamente con ella en las profundidades del lago. Y esta campana que quedó en el lago le decía a la otra que salía:

Tú te vas Verdosa,
yo me quedo Bamba,
y hasta el fin del mundo
non seré sacada.

Y esta campana Bamba es la que se oye en las amanecidas sanjuaneras por todo aquel que esté en gracia de Dios, mientras en la isleta que ocupó el horno florecen dos guindales y se levanta del lago un vapor lleno de fragancias como del aceite de la lámpara.³⁰

No podemos detenernos a desentrañar ahora los muchos hilos narrativos que se entretajan en este relato, el cual se corresponde, por cierto, con el cuento ATU 750C (*God punishes a bad woman: Dios castiga a una mujer mala*) de la catalogación internacional de cuentos de Aarne-Thompson-Uther.³¹ Un estudio reciente y documentadísimo de María Jesús Lacarra aporta toda la información imaginable acerca de él.³² Pero sí merece la pena que nos detengamos sobre la declaración de impotencia de Cortés y Vázquez,

desde luego, son curiosos los nombres que llevan las campanas. Verdosa podría ser el color, pero de Bamba no acierto el simbolismo o significado, si es que tiene alguno³³

porque, viniendo de quien mejor conoció la tradición folclórica sanabresa, es garantía de que la etimología de las voces Bamba, Wamba o Vamba asociadas a campanas como la que supuestamente reposa en las profundidades del lago de Sanabria sigue y acaso seguirá estando, si datos nuevos y sorprendentes no lo remedian, envuelta en denso misterio.

Nuestro casi mítico rey Wamba pone pues, en el Oviedo catedralicio y en la Sanabria mítica, un difuso colofón de cuento a una investigación que partió de otros cuentos del rey Wamba. Algo que no debe sorprender: durante siglos remitió su nombre a la época difusa e inconcreta de los cuentos, y referirse a los tiempos del rey Wamba fue sinónimo de retrotraerse a los tiempos inverosímiles de Maricastaña o del rey Carolo. Hasta el inmortal *Quijote I:27* así lo recuerda: «unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer, ellos y la saya, en tiempo del rey Bamba».³⁴ *El Diario de Madrid* del 16 de junio de 1768 (p. 670) se burlaba en estos términos desenvueltos y clarividentes no ya del vulgo, sino también de

30. Luis L. Cortés y Vázquez, «La leyenda del Lago de Sanabria», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, IV (1948), pp. 94-114, pp. 95-97.

31. Véase Uther, *The types of International Folktales*.

32. Lacarra, «El Camino de Santiago en la literatura contemporánea: el ejemplo de Luis Mateo Díez», *Boletín Hispánico Helvético*, 6 (2005), pp. 141-158. Sus notas hacen un repaso exhaustivo de la bibliografía académica que hay sobre esta leyenda.

33. Cortés y Vázquez, «La leyenda del Lago de Sanabria», p. 103, nota 14.

34. Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, I, p. 299.

los primeros historiadores y arqueólogos profesionales que aspiraron a bajar a Wamba del limbo de los cuentos hasta el solar de la historia:

Botarates, y más que Botarates son también aquellos *antiquarios* que están encalabozados en guardillas, o gabinetes, mascando letra antigua, y tragando el polvo de farragos carcomidos, y apollillados solo por saber en dónde está sepultado el Rey Wamba, y averiguar la venida de Hércules a España; pues si por desgracia tropieza Vmd. con ellos, y quiere hablarles de las ciencias útiles del día, luego lo enredarán con las trabas del tiempo pretérito, y lo desconceptúan si Vm. no sabe quién ha sido el suegro de Rómulo.

Si se burlaba el escéptico cronista de 1768 de los historiadores que por entonces andaban empeñados en averiguar «en dónde está sepultado el Rey Wamba», ¿qué risas no despertaríamos los estudiosos de hoy, que andamos empeñados en discernir (y con resultados nada felices, por cierto) entelequias más graves aún, como el porqué del nombre de sendas campanas (la segunda inexistente) de Oviedo y de Sanabria, o la razón por la que suplantó Wamba al suplantador Ramiro, o qué ha pintado el gabán de Enrique III, que jamás pasó de ser *atrezzo* de leyenda, en tantas páginas de historia?

Al margen de que el final de este artículo nos encuentre enredados en más misterios que los que nos rodeaban al principio, lo cual no es un saldo precisamente meritorio, hay algo sobre lo que sí tenemos ahora alguna certeza más: sobre el modo en que relatos e ideas viejísimos son capaces de persistir durante siglos, por el cauce de la voz, de la letra o de los dos juntos, fieles siempre a sí mismos pero adaptados también a cada tiempo nuevo que les toca vivir.

Resulta fascinante apreciar, en efecto, cómo el pueblo bajo ha idealizado muchas veces al rey imaginándolo (vana e ilusamente, por supuesto) como potencial aliado austero y justiciero, amante del campo y de la naturaleza, frente al que es considerado como enemigo común: la nobleza abusadora y corrupta enquistada en la ensoberbecida corte urbana. Y ver cómo ese ardiente clavo ideológico al que una y otra vez, manipulado por supuesto desde arriba, se ha agarrado desesperadamente el pueblo, se ha apoyado muchas veces sobre el guión de narraciones que venían de muy atrás.

En un artículo próximo me propongo explorar otra tipología de relatos basada en esa misma dicotomía narrativa y simbólica: la del rey disfrazado que se mezcla con su pueblo (acompañado muchas veces de algún asistente o consejero) para descubrir las injusticias y humillaciones que sufren los humildes y hacer justicia y escarmiento entre su nobleza o sus funcionarios cuando vuelve a sentarse en el trono: leyendas y cuentos populares relacionados con Buda, o con Jesucristo, o con Harún al-Raschid, hasta con el Rey que Rabió que ha sido personaje proverbial en España, o dramas como *Fuenteovejuna* o *El alcalde de Zalamea*, o relatos mesianistas y milenaristas de muy diverso tipo, han intentado mantener vivo en el imaginario colectivo la ilusión de que ha habido reyes (o divinidades) cercanos y sensibles, capaces de descender hasta el espacio agreste del campo o de la periferia para ofrecer apoyo a los débiles que eran agredidos desde la fortaleza de la corte, de la ciudad, del poder y de sus representantes.

Si bien lo pensamos, a ese modelo narrativo e ideológico se acoge incluso el conflicto *político* que escenifican, a lo largo de muchas páginas y con énfasis marcadísimo, los Evangelios, en torno a un Cristo que se pasea entre el pueblo del que se dice rey certificando la miseria en la que vive, y que promete su redención enfrentándose de manera

radical a la corrupta aristocracia política y sacerdotal judía, más que al enemigo externo, que era el romano. Esquema narrativo de eficacia garantizada, el de un Cristo rey abrazado a su pueblo (que no tardaría mucho en pedir su muerte, por cierto) en la lucha contra la propia nobleza funcional judía, que ha tenido reciclajes constantes en el Cristo de los pobres y sufrientes, látigo de los poderosos, publicitado durante más de veinte siglos desde Roma. A pesar de que la corte papal ha sido emblema, sede y meca de poderes y de poderosos durante esos mismos siglos. Lo que introduce una contradicción que se ha vuelto en ocasiones contra sus promotores, cuando la misma corte de Roma ha sido señalada, en la época de eclosión de los protestantismos, entre otras, como principado mundanamente corrupto alejado tanto del cielo elevado de Cristo como del duro suelo en que malvive el pueblo.

El mito del rey bueno y protector recibió una embestida fortísima, aunque no definitiva, con la Revolución Francesa. El rey endiosado de antes se convirtió de repente en rey demonizado por un pueblo que pasó rapidísimamente (manipulado, como siempre, por nuevas castas en ciernes de políticos) de idólatra a revolucionario. Y desde aquel turbulento cierre del XVIII, ambos fantoches, el del rey angélico y el del rey satánico, han protagonizado duelos de discursos y fabulaciones que han tenido traducciones enormemente dramáticas en la política, en la historia y en las narraciones de los últimos siglos. Nicolás II, Mussolini, Hitler, Stalin, Franco, Salazar, Ceaucescu, Gaddafi, pasaron en un santiamén del podio de los héroes del pueblo al fango de los enemigos del común. Algunos mediante transiciones graduales, pero la mayoría mediante rupturas muy violentas que marcaron giros intensamente patéticos, que hasta a Agamenón o a Macbeth, reyes mitológicamente encumbrados y derrocados, les resultaría difícil igualar.

Los avatares del mito del rey enfrentado a los abusos de su funcionariado abusivo han seguido reverdeciendo hasta hoy, y en contextos no tan dramáticos. Un caso contemporáneo de idas, venidas, ajustes y reajustes de este tipo de narraciones de raíz mitológica y actualizaciones políticas permanentes sigue coleando hoy, aunque su primer capítulo fuese escrito en 2001, cuando Simeón de Sajonia-Coburgo-Gotha, Simeón II para los monárquicos búlgaros, ganó las elecciones legislativas de su país y se convirtió, aunque jamás renunció a sus derechos dinásticos, en primer ministro de la República búlgara. El programa electoral que le catapultó al poder prometía una lucha sin cuartel contra la corrupción que vivía enquistada en el estamento político, y la consiguiente redención económica y moral del pueblo subyugado. El rey y el pueblo lucharían juntos para limpiar el país. Pero Simeón perdió las elecciones legislativas de 2005 enfangado en los escándalos de corrupción que salpicaron a su gobierno. Y sigue hoy moviendo sus fichas, desde posiciones y guiones estratégicamente distintos, sobre el tablero político y narrativo de su país, al tiempo que el resto de los actores del drama, los demás políticos y el pueblo, van modificando también, de acuerdo con las circunstancias del día a día, sus relatos.

Y no hace falta irse hasta tan lejos para encontrar políticas y mitologías de este cariz. Quedan aún, en la España actual, súbditos que siguen escribiendo al rey para pedirle (en vano, claro) su apoyo a peticiones denegadas por la casta de los políticos. Tantas y tantos, que hay miembros de la secretaría de la Casa del Rey, y de la Reina, y de los Príncipes, cuya función es contestar educadamente a tales peticiones, rellenando seguramente un modelo ya acuñado de carta, y diciendo que son reenviadas a las ins-

tancias políticas competentes, para que les hagan el mismo poco caso que les hicieron antes. El viejo mito del rey preocupado por que se haga justicia con sus súbditos ha sido reiterado ya tantas veces que hasta ha debido acogerse al melancólico modelo de las cartas-tipo.

Sin salir de España, el mito trabajosamente urdido en tiempos de la transición post-franquista, con el concurso de los principales partidos políticos, de la prensa y de los intelectuales, de una monarquía situada utópicamente por encima del bien y del mal, pintada incluso con amables colores cotidianos y campechanos, ha sufrido diversas deslegitimaciones recientes, que han obligado a un cambio completo del diseño narrativo que tenían pactado las tres voces, antes acordadas, ahora desconcertadas, de la monarquía, la casta política y el pueblo.³⁵

En nuestro dinámico mundo actual, el de la democratización internáutica de los soportes y productos narrativos, la incorporación al ancho caudal de la información de voces y de opiniones que hasta hace muy poco se hallaban excluidos por instituciones y grandes grupos mediáticos no sabemos todavía si producirá un modo efectivamente nuevo de narrar (y de criticar, reordenar o modificar, en consecuencia) la realidad, o si se quedará en un modo solo renovado, quizá más veloz, coloreado y sofisticado, de reciclar y de maquillar las viejas narraciones de siempre. Un modo nuevo de narrar exigiría no solo cambios en el soporte, en la poética y en la voz, sino también en las ideas y mentalidades que hay detrás de los discursos, y está por ver si las ideas y mentalidades irán cambiando a mejor, para hacerse más críticas, complejas y polifónicas, o si cambiarán a peor, para hacerse más simples, sumisas y adocenadas.

El caso es que el mito del rey bueno aliado con el pueblo bueno frente a la casta política mala sigue tan vigente hoy en la política, en la literatura, en el cine, como lo estuvo en tiempos de Alejandro, Jesucristo, Wamba, Ramiro II, Enrique III o Fernando VII. Sometido a ritmos y a tensiones más rápidos y conflictivos, eso sí. El presente nos está trayendo y el futuro nos traerá muchos avatares más, y a su luz podremos apreciar si, en estos tiempos de mudanza, cambian también de manera decisiva los modos de narrar, y con ello los modos de configurar la realidad.

35. Sobre la evolución de las narraciones antes legitimadoras, hoy críticas, de la monarquía borbónica, véase Germán Labrador Méndez, «Las vidas *subprime*. La circulación de historias de vida como tecnología de imaginación política en la crisis española (2007-2012) », *Hispanic Review*, ed. Luis Moreno Caballud, *Special Issue*: «La imaginación sostenible: culturas y crisis económica en la España actual», 80 (2012), pp. 557-581.

PEDROSA, José Manuel, «Wamba, Ramiro II, Enrique III y Carlos I: relecturas políticas de leyendas medievales en la Edad Moderna (siglos XVIII-XX)», *Memorabilia* 14 (2012), pp. 99-143.

RESUMEN

Varias leyendas medievales y renacentistas protagonizadas por los reyes Ramiro II, Enrique III y Carlos I fueron reescritas en los siglos XVIII, XIX y XX, en novelas, libros divulgativos y, sobre todo, en la prensa periódica. Muchas veces con funciones o políticos. Las adaptaciones más notables fueron las de *La campana de Huesca* y *El gabán de Enrique III*. Pero son a veces infieles. Atribuyen en ocasiones los hechos legendarios a otros reyes, como Wamba. Y en ocasiones hasta entraron en el terreno de la canción y de la pintura.

PALABRAS CLAVE: leyenda; Ramiro II; Enrique III; Carlos I; Wamba; *Campana de Huesca*; oralidad; escritura; literatura política.

ABSTRACT

Some legends from the Middle Ages and the Renaissance have kings Ramiro II, Enrique III and Carlos I as main characters. These legends were adapted as novels, popular books and reports in journals in XVIII, XIX and XX centuries. Mostly with some political aims. The most relevant adaptations were those known as *Huesca's Bell* and *King Enrique III's overcoat*. But some of them were unfaithful and attached the legendary events to some other kings such as Wamba. They turn sometimes into songs and paintings.

KEYWORDS: Legends; Ramiro II; Enrique III; Carlos I; Wamba; *Huesca's Bell*; Orality; Writing; Political Literature.

